AMOR BIDIMENSIONAL

Romántica, oscura y emocional

Penélope Hights

AMOR BIDIMENSIONAL

Penélope Hights

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Para todos los soñadores

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Índice

Introducción 5

Capítulo 1 El primer sueño de Glória 6

Capítulo 2 La fiesta 9

Capítulo 3 Glória sueña con la fiesta 24

Capítulo 4: El encuentro 26

Capítulo 5 La discoteca 32

Capítulo 6: Presentaciones 36

Capítulo 7 : La paella 45

Capítulo 8: Lectura de manos 47

Capítulo 9 – El cementerio
Sueños de Glòria 48

Capítulo 10 - Abel 84

Capítulo 11 — El secuestro
Sueños de Gloria 91

Capítulo 12 – Abel y la verdad 93

Capítulo 13 – El rescate
Sueños de Abel 96

Capítulo 14 – Gloria y David, canoa
Sueños de Glória 98

Capítulo 15 – El despertar
Sueños de Glória 101

Capítulo 16 – El cambio
GLÓRIA 105

Capítulo 17 – Intercambio 106

REFLEXIONES 107

1. Identidad difusa y deseo de evasión 107

2. Erotismo como lenguaje emocional 107

3. Atracción por la muerte / Romanticismo oscuro 108

4. Feminidad ambigua y poder latente 108

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Introducción

Hay personas que sueñan para huir.
Otras sueñan para recordar.
Y luego está Glòria.
Que sueña porque no encuentra, en la vigilia,
nada que le abrace de verdad.

Esta es una historia que ocurre con los ojos cerrados,
pero no por ello es menos real.
Aquí lo onírico es refugio, es espejo,
es campo de batalla, es casa.

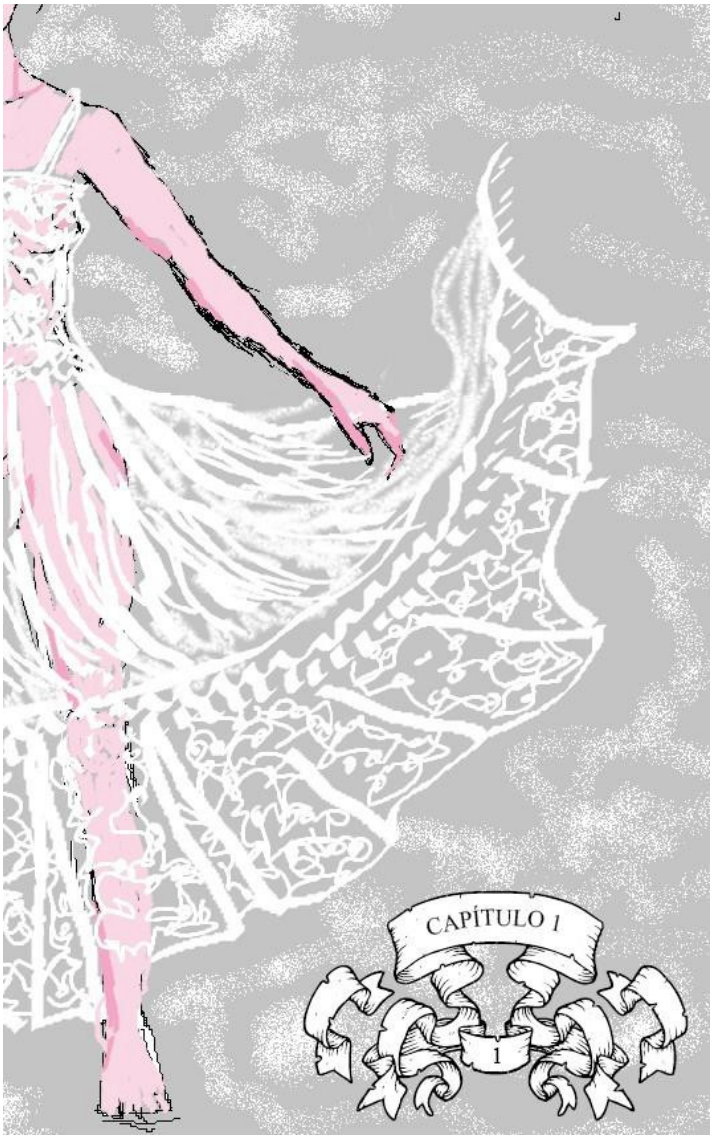
Nada es sencillo cuando se ama a un fantasma
y se duerme junto a un cuerpo tibio.
Nada es claro cuando el alma prefiere la bruma
a la luz cruda de la cocina.

Si has llegado hasta aquí,
quizá tú también alguna vez
has querido no despertar.
O quizás aún no lo sabes.

En cualquier caso,
bienvenido al lugar donde los sueños
tienen nombre, carne, y consecuencias.

Pasa.
Glòria ya está soñando.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0



Capítulo 1 El primer sueño de Glória

Sueños de Glória

Con cada paso que doy, los tejidos de mi falda se abren a los lados, dejando ver la forma esbelta de mis piernas. Mientras camino, observo mi silueta reflejada en los grandes ventanales oscuros de los escaparates. La avenida, larga y ancha, parece no tener fin. Algunas farolas apagadas flanquean su recorrido, y la humedad del suelo me provoca un escalofrío. Respiro hondo: me reconforta un aroma suave a lluvia.

Está oscuro, pero no lo suficiente como para impedirme ver la forma en que aparezco representada en los cristales. La falda me llega a los tobillos, pero se las arregla para abrirse paso con una insistencia casi cómplice, rozando mis nalgas. La brisa nocturna se ha aliado con mi

ropa y bailan al unísono. Me rodean oleadas de tela juguetona que parecen querer desnudarme. Mis posaderas rozan entre sí, y me doy cuenta de que no llevo ropa interior. El roce suave del tejido con mi piel me incita a caminar más deprisa. Recuerdo entonces el motivo de mi presencia en ese lugar: estoy buscando a alguien.

Algo llama mi atención. Un objeto brillante. Me detengo frente a una puerta de hierro. El pomo dorado intenta decirme algo, emite un resplandor hipnótico. Intento abrir la puerta, pero está cerrada. Negra, majestuosa, enorme. Tiene formas talladas en sus bordes que no alcanzo a comprender. La impotencia me invade: por alguna razón inexplicable, necesito abrir esa puerta. Es entonces cuando empiezo a desesperarme. Estoy buscando a David, y no hay rastro de él.

Un remolino de viento me arrastra hacia otro lugar.

Estoy en el vestuario de un gimnasio. Una chica de pelo largo está en ropa interior, sentada frente a un espejo enorme de estilo vintage. La estancia es majestuosa, con filas de mármol rojo que rodean la sala. Ella tiene ojos enormes, brillantes, seductores... enigmáticos. Empieza a peinarse con un cepillo de púas finas. Se peina con lentitud, y con cada cepillada, el pelo cae lacio sobre sus hombros. Sabe que la estoy mirando. La luz tenue persigue cada movimiento del cepillo. Un foco ilumina su rostro: está actuando para mí. Baja los párpados y los levanta suavemente, como si el aleteo de sus pestañas removiera el aire perfumado. El olor llega hasta mí, me obliga a cerrar los ojos: huele a David.

Aparezco ahora en el paseo de una playa de azulejos rosados. Alzo la vista y veo una explanada de arena que se extiende hasta un mar plateado. Vuelvo la mirada al paseo: una fila interminable de palmeras deja pasar riachuelos de luz entre sus hojas. Una mancha de sol corre por el suelo. La sigo hasta que descubro una silueta. Por su caminar ligero, la camisa desabrochada que se balancea, sospecho que es David. Algo dentro de mí se derrite. Me arde el pecho, y la sangre se me espesa en las venas.

Cuando está a dos metros, su postura se encorva levemente. Hace un gesto con el dedo índice: quiere que me acerque. Me muevo, nerviosa. Sus labios rozan mi cuello y me da un beso corto, tierno. Su olor a aftershave me envuelve. Me mira a los ojos. Me cuesta mantenerle la mirada: el brillo de sus ojos verdes me abruma. Me sostiene con una mano en la espalda.

—¿Me has echado de menos?

No existen palabras en el mundo para describir cuánto. Pero algo, quizás la timidez, me impide responder.

Un sonido inesperado nos distrae. Gaviotas revolotean, dejando motas de materia amarilla brillante por el aire. Atardece. Las gaviotas, al posarse, dibujan con sus huellas un corazón en la arena. El corazón se eleva, pero ellas, alzando el vuelo, lo deshacen.

—Pensé que me estabas buscando. Supongo que me he equivocado. Será mejor que me vaya —dice David, alejándose.

La timidez me paraliza. Intento decirle que se quede, pero de mi boca solo sale un suspiro ahogado. Mis pies están anclados al suelo. Él se aleja. Su cuerpo desapareciendo me destroza.

Cierro los ojos. Me concentro. No puedo dejar que se vaya. Me esfuerzo por moverme. Despego los pies y corro. Pero mis pasos son torpes, no avanzo. Me quito la ropa con la esperanza de liberarme del peso. Encuentro un camisón blanco casi transparente en el suelo. Me lo pongo. Es ligero. Mágico. Me empuja hacia el cielo. Lo he conseguido: vuelo.

Cada siete metros, desciendo al suelo y vuelvo a impulsarme con mis pies descalzos. Soy una pluma. Siento el frío en mis axilas, en mis pezones, en mi entrepierna. Necesito encontrarlo.

Un remolino de aire caliente me deposita en un desierto. Llevo el camisón blanco. A lo lejos, dos camellos se acercan. Destellos de fotogramas. David ha vuelto.

—No vuelvas a marcharte así —susurro.

Chasquea los dedos. Estoy montada en un camello, él en el otro. Sus ojos verdes me atraviesan. No aparta la vista. Me siento afortunada. Deseo arrancarle la camisa, tan solo sujeta por un botón. Mi camisón se vuelve más transparente. Siento deseos de acariciar mis pechos.

El aire es cálido. Tengo sed. Oleadas de calor se alzan del suelo como llamas. El viaje es corto. David ata al camello a una palmera. Me ofrece la mano y me ayuda a bajar. Paso de su montura a sus brazos. Me deja sobre la arena, fría y juguetona entre mis dedos. Correteo hasta un estanque. El agua es clara. En el fondo, piedras rosas y verdes. Pececillos nadan entre ellas.

David se apoya contra una palmera. Su postura de macarra me enloquece. Saca un cigarrillo, lo enciende. La llama ilumina su rostro. Da una calada lenta y me mira.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Me quito el camisón mirando las piedras. Los peces han desaparecido. Cubro mis pezones con el pelo. Me arrodillo en el agua. La cubre apenas mi entrepierna.

Sobre mi cabeza, una rama gruesa. Me agarro a ella. Con la otra mano, me echo agua en la nuca. Los riachuelos bajan por mi cuello. Mis pulmones se llenan. Mis pechos se elevan. Los pezones asoman, se esconden. Un escalofrío me recorre los brazos.

Alzo la vista. David ya no está en la palmera. Está en la orilla, pensativo. Tira su cigarro con rabia. Entra en el agua con ropa. Pone su mano en mi nuca, me levanta. Me besa y me introduce el humo de su última calada. El mareo me envuelve. Su lengua busca la mía. Mi cuerpo responde, húmedo. La oscuridad me protege del sonrojo.

Su mano acaricia mi nuca, luego mi pelo. Deja al descubierto mis pechos. Me aferro a su espalda. El botón de su camisa estalla. Quiero quitársela, pero él está concentrado en otras cosas. Su lengua desciende por mi cuello hasta mis pechos. El tacto de su piel me sacude.

Desabrocho su pantalón. Él acaricia mi sexo. El éxtasis me consume. Caigo de rodillas. Él me sujeta. El agua salpica.

—Tranquila —susurra.

Un relámpago sacude el cielo. Un rayo cae a lo lejos. Llueve a cántaros. David me levanta, me lleva a la orilla. Me tumba. Se aparta el pelo. Se quita la camisa. Me siento tonta por no haber podido hacerlo yo. Él me borra ese pensamiento con la mirada.

Se arrodilla, baja la cremallera. Me tumba. Se pone encima. Enlaza mis manos con las suyas. Me besa. Mis jadeos le invaden. Me penetra.

Mi cuerpo se tensa. Mi respiración es errática. Siento el calor en mi pecho, en mis pezones, en mi cabeza. Todo se concentra en un punto. Me libero.

Una sacudida me arranca del sueño.

No quiero despertar. Empujo mi conciencia hacia el sueño. Aún siento su calor.

—No desaparezcas todavía —oigo su voz en mi cabeza.

Cierro los ojos con fuerza. Vuelvo a sus brazos. Me besa. Me dice algo, pero no lo entiendo. Desaparece.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Despierto. Las sensaciones se evaporan. Descifro por fin sus palabras:

—Te estaré esperando en tus sueños.

Me incorporo. Apoyo una mano. Con la otra, me seco el sudor de la frente. Estoy agotada. Mi corazón late en cada rincón de mi cuerpo. Mi respiración es corta, temblorosa.

1 Capítulo 2 La fiesta

La primera vez que vi a David en sueños, yo tenía 14 años. Ahora tengo 23 y aún no me explico la razón por la cual sueño repetidamente con el mismo chico. A los 14 años estaba pasando por una de las peores épocas de mi vida: mi mejor y único amigo, Marcos, dejó este mundo tras sufrir un trágico accidente de coche. Jamás superé ese bache; pasé mucho tiempo sintiéndome desgraciada y echando de menos a Marcos.

Culpé al mundo de mi soledad. Dejé el colegio, ya que era incapaz de concentrarme en nada más que en mi sufrimiento, algo que a mis padres no les hizo ninguna gracia. Sin embargo, entendieron que mi escolarización era una pérdida de tiempo y se resignaron, compadeciéndose de mí por la mala época que estaba pasando. Pensaron que, si me ponía a trabajar y ocupaba mi mente en algo, tarde o temprano mi tristeza desaparecería, pero se equivocaban. Me puse a trabajar de camarera a los 15 años en el bar de unos amigos de mis padres. En algo tenían

razón: mi mente se mantenía ocupada durante el día, pero al llegar a casa siempre pensaba en Marcos.

Mi teoría respecto a los sueños con David es solo eso, una teoría. Creo que mi mente inventó algo para no echar tanto de menos a mi amigo perdido, es decir, un amigo imaginario. Muchos niños pequeños tienen amigos imaginarios; la diferencia es que yo no era una niña pequeña y mi amigo imaginario aparecía siempre en mis sueños. David se convirtió en mi vía de escape de la realidad solitaria y desgraciada que me rodeaba. Empezó siendo un amigo de sueños y, con el tiempo, se convirtió en algo más. Si bien David era una vía de escape apetecible, empezó a causarme una especie de efecto secundario bastante raro, que explicaré más adelante.

Ahora soy dependienta de ropa en una tienda de esta ciudad, Barcelona. Mi trabajo no es nada del otro mundo, pero paga las facturas y me llevo bien con mis compañeras, algo sorprendente teniendo en cuenta que las relaciones sociales nunca han sido mi fuerte, por no decir que han sido desastrosas. El único cambio notorio en mi vida es mi independencia, independencia a medias, ya que necesito a Naila para pagar los gastos del piso donde vivimos.

Aparto la sábana que me cubre con la mano izquierda y, con demasiada energía, me mareo y me siento en el borde de mi gran cama doble. Me levanto despacio y avanzo dos pasos hasta el gran espejo enmarcado en madera aglomerada, que revela un rostro pálido, ojeroso y despeinado. Mis pequeños ojos marrones, llenos de lagañas, me devuelven una mirada alicaída. Con cuatro pasos torpes más, llego al armario blanco de tres compartimentos, lo abro y me pongo un vestido azul de tirantes que me llega a las rodillas. Tiro la camiseta agujereada que llevaba puesta y que hacía la función de pijama en un montón de ropa sucia en la esquina del armario. Hay poca ropa colgada en las perchas y recuerdo que el resto está en un cubo de ropa sucia en el patio, al lado de la lavadora. Después de lavarme los dientes y la cara, pienso en poner una lavadora. Cuando llego al patio, me miran con resignación unas plantas secas que reposan en un bordillo, el único donde llega el sol. Meto en la lavadora un montón de ropa, mezclando colores y texturas sin pensar demasiado en las consecuencias, como podrían ser pelotillas y decoloraciones indeseadas.

Una vez en la cocina, la montaña de platos sucios me recuerda mi misión de ese día: limpiar la cocina. Dudo entre fregar los platos o abrir una bolsa de basura gigante y tirarlos todos al

contenedor. Con la bolsa negra en la mano, lucho por encontrar el lado que se abre; después de darle seis vueltas, decido que una fuerza superior quiere que friegue los platos.

Empiezo a despotricar sobre todas las madres: la madre que los parió a todos, la madre que me parió a mí y la más recurrida de todas ellas: su puta madre. Mientras friego, empiezo a pensar en el amante misterioso que siempre aparece en mis sueños.

Mientras friego los platos, empiezo a recordar el sueño en el que tuve mi primer beso con David. Soñaba que bajaba esquiando por una montaña enorme cubierta de nieve. Me deslizaba con mis esquís con soltura mientras el viento movía mi pelo y este se rizaba y desrizaba al ritmo de la brisa. Al llegar al pie de la pendiente me detuve. Había una figura esperándome. Yo me quedé inmóvil y, al acercarse, él unió sus labios a los míos muy despacio. El primer contacto fue muy suave; sus labios carnosos amortiguaron el primer impacto. No sentí nada especial al principio, después, besó mi labio superior dos veces, noté un escalofrío recorrer mi estómago y yo le respondí. Pasó su brazo alrededor de mi cuello, poniendo su mano detrás de mi nuca; estaba besando, esta vez, mi labio inferior. El contacto de su cuerpo me hacía olvidar mis piernas, mis brazos y mi cuerpo; solo notaba mis labios y una presión en el estómago que me hacía sentir que flotaba. Con el otro brazo me acercó a él presionando sobre la parte baja de mi espalda. Ahora me besaba el labio inferior y superior a la vez. Al despertarme, tuve la seguridad de que aquel había sido mi primer beso.

Dejo atrás mi recuerdo en cuanto el agua empieza a salirse de la pica y a mojarme las zapatillas. Vuelvo a mentar a la más recurrida de las madres y me doy cuenta de que ya no quedan platos por fregar.

«¿Cuánto tiempo llevo fregando?», me pregunto.

Ha pasado una hora y media y no me he dado cuenta. Por eso intento no pensar en David cuando estoy fuera de casa; algo me bloquea el cerebro y me impide tener consciencia de la realidad, es como una fuerza superior muy extraña que me absorbe.

La primera vez que tuve una de mis ausencias (como yo las llamo) tenía 16 años. Me paré a pensar en mi primer beso con David en la sala de espera de la consulta del médico. Mi madre pidió hora para mí porque me habían salido unas pequeñas manchas de color rojo en los

hombros. Faltaban cinco minutos para que el médico me llamara para entrar en la consulta cuando me puse a pensar en él.

Estuve una hora ausente, perdida en mis pensamientos. Mi madre se asustó muchísimo, pensó que me había quedado vegetal de repente a causa de las manchas. Al no responder y tener la mirada perdida, ella alertó a las enfermeras y estas me llevaron a una sala de enfermería.

Me desperté estirada en una camilla, rodeada de personas vestidas con batas blancas. No me atreví a decirles que estaba consciente, pensando en un sueño que había tenido. Después pensé que quizás no estaba consciente, ya que no me había dado cuenta de que me estaban hablando ni de que me habían trasladado a otra habitación.

—Creo que he tenido un ataque de ansiedad y me he desmayado —mentí.

Finalmente me diagnosticaron ansiedad y me derivaron al psiquiatra. Mi madre pensó que era una buenísima idea, ya que un psiquiatra quizás pudiera "curar" mi infelicidad y mi trauma por la muerte de Marcos. He estado visitando a mi psiquiatra desde los 16 años hasta ahora, una vez al mes. Jamás le he dicho a nadie que sueño con un hombre que me hace experimentar las vivencias sexuales más extraordinarias que jamás podría encontrar en la realidad. Ni siquiera se lo he contado a Mireia, la única amiga que he tenido desde la muerte de Marcos. Mucho menos he contado a nadie que cuando pienso en los sueños que tengo con David, mi mente se colapsa y pierdo la consciencia. Temo que si se lo cuento al psiquiatra me tache de esquizofrénica y me encierren en un manicomio. Sobre la muerte de Marcos, al principio me negaba a hablar de él, pero tras años de visitas con la Doctora "loquilla", pensé que sería buena idea intentar enterrar esa etapa de mi vida. El dolor no desapareció por arte de magia de un día para otro, ni siquiera desapareció del todo, pero hablar de ello me alivió en algún sentido. Con el tiempo, he llegado a aceptar su muerte.

Como alternativa a mis "ausencias", he decidido tener ansiedad y padecer ataques de pánico a los ojos de los demás, ataques que me llevan a la pérdida del conocimiento. Tengo el cajón de mi mesita lleno de antidepresivos y pastillas para dormir... nunca los uso, ya que no tengo ansiedad, pero los compro en la farmacia por si los médicos tienen alguna forma de saber si compro las medicinas que me recetan... quizás sí soy esquizofrénica, supongo que no me importa.

—No me puedo creer que al fin hayas fregado los platos —dice Naila entrando en la cocina.

Mi compañera de piso Naila es algo así como gótica. O al menos eso parece, aunque ella diga que no le gusta que la encasillen. Tiene el pelo corto, muy escalado, es pelirroja y tiene la cara llena de pecas. Viste como si fuera a una fiesta de disfraces en la mansión del Conde Drácula. Lleva un bolso con forma de ataúd y unas botas negras con tacones de diez centímetros de alto. Su falda está rodeada por un bordado de encaje negro. Me pregunto si lleva algún tipo de tu-tú dentro de la falda para crear ese volumen tan exagerado. Me abstengo de preguntarle, ya que no le gusta la gente entrometida.

—Si no como algo se me van a pegar las paredes de los intestinos —Naila se frota el estómago y curva la espalda en señal de que se encuentra mal.

—Hay canalones en el congelador —la informo.

—Sabes que no como carne, parece que lo haces a propósito para molestarme.

Se lleva la mano al pecho indicando que se siente ofendida.

—Son de verduras.

Salgo de la cocina sin mirarla.

—Espera, hay una fiesta esta tarde en casa de un amigo de Cara —dice, parándome el paso y mirándome fijamente a los ojos—.

—Tienes que venir, el chico que da la fiesta vive en un chalet a las afueras, va a ser la fiesta del siglo. Hay una piscina exterior y se han gastado una pasta en decoración siniestra.

Me mira fijamente esperando que diga que voy a ir.

—Tengo que presentarte a un chico perfecto para ti —insiste.

—¿Qué te hace pensar que es el chico perfecto para mí?

Se mira las uñas pintadas de negro. Me pregunto cómo es posible que las tenga tan largas sin que nunca se le rompan (siempre dice que las pone en remojo con agua, limón y sal).

—Porque es tan aburrido y soso como tú —dice, alejándose en dirección a su cuarto.

Naila suele hablarme como si fuera su hermana pequeña pesada, pero sé que lo hace para hacerse la interesante. En el fondo, es más infantil y sentimental que yo.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Empiezo a pensar en la posibilidad de ir a la fiesta y se lo hago saber:

—Iré mientras no se beba sangre en vez de vodka y no se hagan sacrificios animales como la última vez —bromeo.

—¿Pero qué dices? Te he dicho mil veces que aquel gato lo encontramos atropellado al lado de una carretera y que lo único que hicimos fue recogerlo para ofrecerle un entierro digno. Le hicimos una cruz con ramas recogidas del parque y lo enterramos al lado del lago del parque del Príncipe de Gerona. Incluso ofrecí mi bolso como ataúd, y sabes que este tipo de bolsos son carísimos. Llevaba descomponiéndose en el suelo dos días enteros y nadie se dignó a quitarlo de la carretera. Desde luego jamás entenderás mi sensibilidad, no sé por qué te invito a venir conmigo si nunca me comprendes... ven que te voy a probar uno de mis vestidos.

La habitación de Naila tiene crucifijos en las paredes colgados del revés, un póster de un personaje místico no identificado y montones de CDs de música heavy-hardcore. En el último cajón de su mesa hay infinidad de vibradores de todos los tamaños y artilugios sádicos; nunca me he atrevido a preguntar para qué sirven.

Saca un corsé negro con rayas color salmón del armario y una falda oscura demasiado corta para mi gusto.

—Sigue soñando con que me voy a poner eso.

—Está bien, "Sor Mari Puri" —replica.

Cambia la minifalda por otra igual de corta, pero con un poco de vuelo, saca unas medias de rejilla y me advierte:

—Ni una palabra.

Cuando me miro al espejo descubro que voy disfrazada de gata salvaje.

—¿Tienes algún fular para poder taparme algo? —pregunto, llevándome las manos a los hombros.

—Sí, y una mantilla hecha a ganchillo que tejió mi abuela —se burla.

Naila saca del armario una capa de una tela brillante negra y me la pone por la espalda. Empiezo a reír a carcajadas al ver que parezco un murciélago; sigo riendo hasta que me duele el estómago.

—¿Se la has robado a Batman?

Me quita la capa y se la pone. Empieza a saltar sobre la cama, cogiendo una punta de cada lado de la capa, la zarandea como si fuese un vampiro a punto de echar a volar. Sigo riendo hasta que me duelen las comisuras de los labios.

De repente, ella enciende el reproductor de música y un estruendo me quita la sonrisa de la cara. Suena una música inclasificable, el volumen es tan elevado que me empieza a doler la cabeza en cuestión de segundos. Se apaga la luz y la única iluminación que hay viene de la pantalla de su portátil, que está abierto y encendido. En la pantalla hay una imagen de un personaje satánico con cara de enfadado. Empiezo a sentir miedo. Naila sigue sobre la cama, volteando su capa y saltando como poseída encima de la cama. Enciendo la luz antes de empezar a temblar y apago la música.

—Está bien, me pondré el disfraz de gata putilla —me rindo.

Salgo de la habitación con el disfraz de satánica puesto, arrepintiéndome de haber aceptado la invitación a la fiesta.

—Tarada —murmuro mientras me alejo para refugiarme en mi habitación.

Con la puerta cerrada, me miro un rato en el espejo posando como una tonta. La verdad es que me sienta genial esa ropa, pero me da vergüenza ponerme de esa guisa frente a desconocidos. Me doy una ducha y me tiro en mi cama, mojada y desnuda; dejo que las sábanas me sequen con la ayuda del calor del aire que entra por la ventana. Tengo el pelo empapado y enredado, lo que hace que me apetezca menos peinarlo. Suena en la radio la canción “Wake Up Alone” de Amy Winehouse. Muevo los labios, canturreando la letra por dentro; la canción me pone triste y me pongo a llorar. La brisa que entra por la ventana alivia el calor del verano del mes de agosto. El llanto me ha dejado agotada y mi cuerpo empieza a relajarse, me pesan los párpados y noto cómo el sueño me invade.

Sueños de Gloria

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Vuelo alto por unos aires oscuros y fríos con mis compañeros del colegio de primaria; las estrellas brillan a lo lejos, parpadeantes. Mi cuerpo es tan ligero como una pluma llevada por el viento. Descendemos hasta aterrizar en un parque con columpios y nos dispersamos. El lugar es de arena amarilla, parece un parque para niños con columpios y toboganes pintados de amarillo y azul. El parque está rodeado por una muralla de yeso gris muy grueso. Al lado del muro hay un banco imposiblemente largo en el que están sentados algunos de mis compañeros de clase, comiendo bocadillos y riendo al ritmo de conversaciones casuales. Yo estoy de pie apoyada en el muro.

Le veo llegar desde lejos, camina despacio, despreocupado. Lleva una camisa negra muy fina; solo tiene un botón abrochado y le veo el torso definido. Sus tejanos oscuros se sostienen milagrosamente en alguna parte demasiado baja de su estómago, dejando al aire la goma de su ropa interior. Su pelo negro y espeso parece haber sido despeinado por el aire, aunque se mantiene rígido hacia arriba. Los destellos de sus ojos verdes intensos apuntan en mi dirección, aunque aún no le veo bien las facciones de la cara; me imagino su mirada perturbadora acompañada de una sonrisa elevada ligeramente a la derecha en la comisura de sus labios carnosos. Lleva las manos en los bolsillos.

Se para justo enfrente de mí, es un palmo más alto que yo.

—¿Me has echado de menos?

—Sí —admito, avergonzada.

—Yo a ti también.

Se acerca para besarme el cuello, pero me aparto.

—¿Por qué siempre me persigues, David?

—Eres tú quien me persigue —dice, dando un brinco imposible y saltando al otro lado del muro.

Me sorprende la facilidad con la que se ofende David algunas veces; una palabra inapropiada y desaparece. El muro mide siete metros de alto y no sé si intentar saltarlo. Necesito hablar con él; hace tiempo que nuestros encuentros solo son sexuales y quizás, si hablo con él, pueda

descubrir algo sobre esta locura, aunque si es un invento de mi imaginación, dudo que pueda descubrir algo, aparte de que me pasa algo raro en la cabeza.

—¡David! —le llamo.

El aire y el espacio me atrapan, haciendo mi alrededor cada vez más pequeño. Parece que el cielo va a caer encima de mí, propulsando las punzantes estrellas contra mi cuerpo. Me siento amenazada y desprotegida y mi único reflejo es agacharme y taparme la cabeza con las manos, gritando su nombre.

Empiezo a escribir cuando Naila abre la puerta y, de repente, me pregunto la hora.

—¡Cómo mola tu peinado, Glori! Y yo que pensaba que eras una sosa aburrida sin estilo… Dos años viviendo juntas y nunca acabas de conocer a la persona que tienes al lado.

Me miro en el espejo y veo mi pelo encrespado y enredado alrededor de un moño-rasta en la parte superior de mi cabeza, a lo Amy Winehouse. La canción ha surtido su efecto… Mi peinado es resultado de los revolcones que he dado dormida; tengo el pelo completamente seco, según parece no necesito peinarme... de momento. Naila se quita una especie de clip que sujeta sus medias con forma de araña, se acerca a mí y, sacando la lengua como signo de concentración, me coloca la araña en el pelo.

—Listo —concluye.

Estoy totalmente desnuda y cazo a Naila mirándome los pechos. Al darse cuenta de que la he pillado, me dice que son preciosos. Me cubro con la sábana y me pongo la ropa que me ha prestado para la fiesta; se queda mirando cómo me preparo todo el rato hasta que estoy lista.

—Si de vez en cuando te arreglaras un poco, te saldría un novio, ¿sabes? Estás buena.

Hago una mueca con la cara y me dirijo a la puerta. Cuando voy a abrir el pomo, suena el timbre. Es Cara, la amiga de Naila. Al abrir la puerta, Cara me mira y sin decir nada pasa de largo, moviendo la cabeza hacia los lados como buscando a alguien. Naila la mira extrañada hasta que Cara pregunta:

—¿Dónde está Glòria?

—Muy graciosa —respondo sin ganas—. ¿Iremos en tu coche?

—¿Te has comprado uno? —pregunta, irritante.

No soporto subir al coche de Cara; es una conductora temeraria, no me explico cómo sigue viva si se salta dos de cada tres semáforos. Normalmente, cuando sale de fiesta, va con la ventanilla del coche bajada y la música a tope. A veces pienso que no sabe conducir sin más.

Llegamos a una urbanización muy pija, en un barrio en el que nunca había estado. Las casas extravagantes asoman sus tejados ostentosos por encima de arbustos espesos tan verdes que harían sonrojar al césped de los parques de mi barrio.

Cara baja del coche y se pasa la mano por su pelo corto y rubio, hace una pose de modelo y se besa la mano; sus ojos azules brillan sin medida.

—Estoy perturbadora —se dice a sí misma mirándose en el cristal de la puerta del coche. Me mira sutilmente de arriba abajo—. Glòria, píntate los labios.

Encojo los hombros y rebusco en mi bolso; no tengo pintalabios. Cara saca un lápiz de ojos negro y me lo da. Me pregunto por qué está tan interesada en mi apariencia.

—No, esta noche se pintará los labios de rojo —dice Naila, sacándose un pintalabios de un bolsillo de su corsé. Mientras Naila me pinta los labios, Cara me retoca la raya del ojo.

De repente, un chico rubio vestido de negro, con pinta de militar del siglo pasado, nos grita desde el otro lado de la verja. Nos está pidiendo una contraseña. Cara se saca un trozo de papel del canalillo y lee:

—Abre la verja, sepulturero.

—Damas, sean bienvenidas.

La verja se abre y entramos en lo que parece ser un mundo paralelo al que vivimos. Un caminito de piedras blancas y grises nos guía en una subida portentosa por curvas y escenarios decorados con candelabros y velas negras.

—Un amigo mío trabaja como cuidador de la finca y jardinero mientras los dueños no están. Es una especie de residencia de verano de una familia ricachona. La decoración la hemos puesto entre todos los asistentes, ¿a que es genial? No te queríamos decir que damos la fiesta

sin autorización por si te negabas a venir; la contraseña es para que no se cuelen pijos —me dice Cara, mientras se coloca los pechos por encima del sujetador.

Miro al cielo suplicante y pido el deseo al aire de que la noche transcurra sin altercados que incluyan la policía y la cárcel. Son las once de la noche y hay un sinfín de gente vestida de negro, pero decir "vestida de negro" es poco: el vestuario de los asistentes parece salido de otra galaxia; las chicas llevan corpiños, vestidos mezclados con toques modernos y estilos de otros siglos, en plan "Entrevista con el vampiro". Veo mangas largas con los puños exageradamente anchos, botas con plataformas de veinte centímetros, faldas cortas con lencería erótica de las que agarran medias a media pierna con pinzas… El recurso más utilizado parece ser el "encorsamiento" envuelto en encajes finos blancos y negros, parece un desfile de moda de Galiano exageradamente gótico. Los chicos no se quedan cortos: capas y gabardinas estrambóticas llenan la estancia con vuelos delicados y duros al mismo tiempo, pantalones tejanos combinados con chaquetas de vestir con hombros puntiagudos y mangas de cuero, botas a lo Eduardo Manostijeras… alguno incluso parece llevar las tijeras.

Cuando dejo de fijarme en el vestuario de los chicos, me doy cuenta de que hemos llegado a la parte delantera de la mansión. El punto principal de encuentro es la piscina, a la que parecen haber añadido una sustancia líquida colorante que ha vuelto el agua roja. A cada lado de la piscina hay un ataúd. Miro a Naila intentando buscar una respuesta, pero Naila ha entrado en modo "Diva" y su expresión me indica que será mejor no hacer preguntas. Solo espero que dentro de los ataúdes no haya nadie, ni vivo ni muerto. Sigo a Naila y a Cara con dos o tres pasos por detrás, nos reunimos con un grupo de gente que no había visto en mi vida y empiezan a saludarse. Naila me hace un gesto para que me una al grupo y me presenta orgullosa, como si yo fuera algo fruto de su creación, un experimento o algo parecido. Ahora entiendo su insistencia en disfrazarme de esta manera, sin embargo, comparada con el resto de las chicas paso bastante desapercibida. Un chico alto me ofrece una bebida; no me sorprende que esta sea de color rojo. El chico tiene media cabeza rapada, la otra media tapa la mitad de su cara izquierda, lleva los labios pintados de negro y un maquillaje pálido que realza sus ojeras.

—Estás impresionante —me dice con la voz más ronca y siniestra que he oído en mi vida.

—Tú también —digo, con los ojos demasiado abiertos.

Es entonces cuando entiendo que lo que expresaba Naila al presentarme no era orgullo. Aún no sé muy bien lo que era, pero entiendo que lleva planeando mi encuentro con el chico de la voz ronca mucho tiempo; lo sé porque todos nos miran susurrando. Ni siquiera recordaba que Naila me había invitado a la fiesta con la excusa de presentarme "al chico perfecto para mí". Me sorprende que Naila pensara que un chico así podía interesarme; más bien, me asusta y siento deseos de salir corriendo. En lugar de eso, me bebo de un trago la bebida que me ha ofrecido; me sorprende la dulzura de esta.

—¿Cómo te llamas? —pregunto para romper el silencio. Miro a los lados en busca de otra copa.

—Me llamo Dairon, ¿has visto los ataúdes?

Cara entra en la conversación, eufórica, y grita:

—¡Vamos a hacernos fotos en los ataúdes!

El grupo de los amigos de Naila empieza a caminar hacia los ataúdes y comienza un sinfín de flashes y postureos. Dairon me toca la espalda suavemente:

—¿Vienes? —pregunta con una voz escalofriante.

—Creo que voy a quedarme aquí un rato…

Dairon cambia la expresión de su cara y dice, decepcionado:

—Como quieras.

Cuando me he deshecho de Dairon, me coloco al lado de una mesa llena de bebida roja. Un poco separados de esta, hay un chico y una chica perdidos en una conversación sobre las estrellas.

—¿Tú qué opinas? —me pregunta el chico.

—Pues… puede que las estrellas sean la energía de la gente que se muere —suelto sin pensar.

—Eso es una tontería —dice la chica.

—Estela, ¿y tú qué coño sabes? Tu versión es que las estrellas son naves espaciales de los extraterrestres que nos vigilan. Eso sí es una tontería.

Empiezo a reír sin control mientras miro la cara de incrédula de Estela. El chico empieza a reír también hasta que Estela se rinde y se une a la carcajada.

Llevo dos horas hablando con la pareja sobre las estrellas y el universo, no me doy cuenta de que está sonando una música de estilo heavy-eclesiástica hasta que Estela dice:

—Ya es hora de bailar...

Estela me señala, alargando un sonido de inseguridad.

—Glória —digo.

—Vamos, Glória.

Tardo unos segundos en decidirme porque estoy barajando mis opciones: la primera es quedarme ahí plantada de pie, alimentando mi borrachera; la segunda es volver con Naila, pero hace rato que no la veo ni a ella, ni a ninguno de sus amigos. Así que termino mi copa de un trago y asiento.

Nunca había bailado una música semejante; la percusión es potente y estridente, mientras el canto eclesiástico le da un toque de serenidad. Me agarro al ritmo de la percusión y me dejo llevar. En la pista, Estela se pone enfrente de mí, bailando, al contrario que yo, al ritmo de los cantos gregorianos; contonea las caderas y mueve el cuerpo cual serpiente, mientras yo decido darle prioridad al movimiento de mi trasero. El chico, del que aún no sé el nombre, aparece y desaparece al son de unas luces que se encienden y se apagan. Un grupo de chicas se nos une y pierdo la noción del tiempo. Después de varias copas y varios bailoteos, alguien me agarra por detrás de las caderas y oigo una voz ronca que dice:

—Estás aquí, se me ha muerto el mechero, ¿tienes fuego?

Dairon se tambalea con una expresión desaliñada, es evidente que va bajo el efecto de algo, podría ser alcohol o cualquier tipo de sustancia alucinógena. Me agacho para sacar un mechero de mis botas mientras Dairon me agarra del brazo. Alcanzo el mechero y se lo doy; tiene unas manos enormes y fuertes, con las uñas pintadas, como no, de negro. Lleva más de un anillo en cada dedo con calaveras y formas de araña. Finalmente, enciende su cigarro; tras la primera calada, aparece una mueca en sus labios que intenta asemejarse a una sonrisa. Cuando me fijo,

veo que el único ojo que tiene a la vista (el otro está oculto tras su pelo) es de un color miel apagado. Puede que sea por el efecto del alcohol, pero empieza a parecerme guapo.

—¿Me das uno? Me he dejado el tabaco en casa.

Dairon y su metro ochenta me tapan la luz de la luna llena, que brilla con un halo de un rojo vibrante a su alrededor. Él me da su copa para poder sacar el paquete de cigarrillos del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Dónde está Naila? —pregunto.

—Está con un grupo de gente detrás de la casa, luego te llevo con ella.

—Esta es Estela —le presento.

—Es mi hermana —dice Dairon entre dientes.

Estela sonríe y sigue contoneándose cual pitón mientras baila dándonos la espalda. Cuando le devuelvo la copa a Dairon, se bebe el resto y deja el vaso en el suelo; con su mano libre me agarra de la mano y empieza a bailar, haciéndome girar un par de veces. Bailo dos o tres canciones con él, incluso le dejo restregarse un poco mientras me insinúo.

—¿Vamos a buscar algo de beber? —me dice al oído.

—Si dejo de bailar me quedaré dormida —advierto.

—Entonces vuelvo enseguida.

Cuando Dairon desaparece en la multitud, suena una canción lenta y por ahí sí que no paso. Me alejo de la zona de baile y, al descender el volumen de la música y tener un momento para pensar, siento unas ganas terribles de ir al baño. La idea de entrar en ese caserón me revuelve las tripas; no me apetece pedirle a Estela que me acompañe al baño, se la ve muy integrada en la canción y no puedo esperar a que vuelva Dairon, así que decido hacer mis necesidades a la antigua: detrás de un matorral.

Voy por caminitos estrechos de arena, esquivando matorrales frondosos llenos de flores blancas. Parece que estoy en un laberinto de plantas. Después de cincuenta metros de tambaleos torpes y derrames de una bebida alcohólica con grosella que cogí de una mesa, llego a una explanada y me doy cuenta de que he llegado a la parte de atrás de la casa. Dairon dijo que

Naila estaba por aquí, así que doy una vuelta de 360 grados sobre mí misma para intentar localizarla.

En lugar de a Naila, lo que veo es un sitio perfecto para hacer mis necesidades. Se alza ante mí un manto vibrante de polen amarillo. Me quedo parada un momento para ajustar mi visión, hasta que descubro un árbol retorcido, lleno de destreza salvaje, que contonea al ritmo de la brisa susurrante unas ramas encorvadas vestidas con plumas verdes y adornadas con flores de polen dorado. Es un colosal árbol de mimosa. Sus largas ramas llegan hasta el suelo creando una forma de paraguas. Cuando estoy lo suficientemente cerca, separo una de las ramas mientras el polen de las flores se esparce en el aire como si fuera polvo de hadas; al mismo tiempo, me parece oír un tintineo de cascabeles. Desde dentro, el árbol parece una cabaña india; me siento como Alicia en el país de las maravillas. Rompo el romanticismo del momento bajándome las medias y las bragas con una mano, me apoyo con la otra en el tronco gigante de textura. Una vez alivio mi vejiga y me subo las medias, me dispongo a tocar y oler las ramas y flores del árbol cuando vuelvo a oír un tintineo de cascabeles. Intento fijar el origen del sonido, distingo una especie de lloro, un quejido o un grito, después pienso que es un niño llorando, finalmente decido que se trata del maullido de un gato.

Salgo de mi escondite y miro a ambos lados, pero no veo ningún gato. Sigo el sonido del maullido a través de la cuidada vegetación; al fin descubro un gato precioso color canela sentado encima de una piedra grande, maúlla mirando a la luna llena. Es un gato grande, bien alimentado y con el pelo largo y limpio. Siento deseos de abrazarlo y me acerco para acariciarlo; el gato me mira y mueve el rabo, se acerca y se restriega haciendo ochos en mis pies, llenando mis botas de pelos color canela. Me agacho para tocarlo, pero de repente sale corriendo. Decepcionada, me siento en la piedra donde reposaba el gato y contemplo la luna. Empiezo a sentirme muy cansada.

Después de descansar unos minutos, unas luces llaman mi atención a lo lejos. Mientras me acerco me tropiezo un par de veces con mis propios pies; es entonces cuando decido que tengo que encontrar a Naila, empiezo a encontrarme mal. A lo lejos, distingo un grupo de gente sentada formando un círculo en el suelo; espero que entre ellos esté Naila. Cuando estoy más cerca distingo las luces de unas velas; la visión se me nubla y la imagen de la gente y las velas se desprende hacia un lado, estoy viendo doble. Me cuesta mantener la vista en un punto fijo, me

apoyo con una mano en un árbol, me suda la espalda y la cabeza me da vueltas. Es entonces cuando noto un ardor en el estómago, un amargor me sube desde la boca del estómago y un líquido amargo y rojo empieza a salir por mi boca. Tras vomitar, el calor que sentía desaparece y el sudor que ardía en mi espalda se vuelve frío; siento un gran alivio tras vomitar, pero me tiembla todo el cuerpo. Me mantengo agarrada al árbol, pero me pongo al otro lado para no pisar la vomitona. Decido esperar un poco a que se me pase el temblor y el mareo; ya no veo doble y compruebo que Naila no está en ese grupo.

Estoy recuperando las fuerzas cuando una rata, de visión brillante verde y roja, salta y corre como un relámpago, con un escalofriante quejido, hacia una nube de vapor que la oculta. La repugnancia que me causa la rata pone en funcionamiento mi mente y me acuerdo de mi móvil. Lo saco con torpeza del bolso y busco el número de Naila con las manos temblorosas.

—¿Glòria?

—Naila, me encuentro fatal, ven a buscarme, por favor.

Odio aguarle la fiesta a Naila con mi inoportuno malestar, pero me siento muy débil y empiezo a preocuparme.

—Pásale el teléfono a Dairon.

—No estoy con Dairon.

—¿Cómo que no?

Mientras espero a Naila, miro al grupo de gente que hay sentada en el suelo y caigo en la cuenta de que parecen estar invocando algo. En el grupo, hay una chica regordeta, parece rubia pero lleva el pelo de color verde, corto y engominado hacia arriba; algo brillante resalta en su cadera, parece un mosquetón. Distingo un par de velas que alguien sujeta en el aire como si fueran antorchas; el dueño de esas manos tiene las uñas pintadas de negro, la luna le dibuja una sombra en la parte derecha de la cara. En la parte iluminada puedo ver el maquillaje oscuro que dibuja sus ojos. Lleva unos pantalones tejanos llenos de agujeros rasguñados, con partes de la fibra del pantalón descansando lánguidas en el aire.

Todos se tensan de repente, se han cogido de las manos y tienen la cabeza mirando al suelo. Empiezo a sentir miedo y decido marcharme de allí, pero uno de los chicos se suelta de los demás y se levanta.

—Yo me largo, colgaos.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Un chico moreno dice esto en un tono aburrido mientras suelta sus manos del resto y se levanta. Enseguida, se golpea la parte trasera de su pantalón para sacudirse el polvo; su expresión se vuelve pensativa, como si estuviera recordando algo que tiene que hacer.

El chico empieza a caminar en mi dirección; al acercarse me doy cuenta de que algo en él me es familiar. Camina despreocupado, con un aire chulesco, aunque mira al suelo no aparenta estar alicaído ni triste. Parece que está pensando que tiene cosas mejores que hacer que jugar al "coro de la patata" místico.

Sigo escondida detrás del árbol, observándolo. Cada vez está más cerca, es entonces cuando el corazón me da un vuelco y mi sangre se vuelve espesa y pesada; un relámpago de dolor me atraviesa el pecho, algo oscuro se arrastra a tientas por mis pulmones y me impide respirar con normalidad. Reconozco ese cuerpo delgado y fibroso, esa figura esbelta y definida, algo invisible traspasa mi cabeza, una especie de escalofrío, un pinchazo, un recuerdo… Cierro los ojos un instante y cuando los abro veo a David pasando junto a mí; sus ojos son diferentes, un azul ultramar profundo se clava en mi retina y el tiempo se para. Sus abundantes y oscuras pestañas tardan una eternidad en concluir un pestañeo. Observo su marcada mandíbula tensarse por un momento eterno hasta que despega sus labios y puedo ver su lengua humedecer su labio inferior por debajo de sus perfectos y blancos dientes. Se alza un suave y fino hilo de humo que esquiva la cara de David y se eleva hacia el cielo. Pestañeo y el tiempo vuelve a su velocidad normal mientras me da la espalda; veo alejarse a David rodeado de una nube de humo que parece niebla y un profundo y punzante dolor se apodera de mi pecho.

«Es imposible que David exista realmente, voy demasiado borracha», pienso.

Sigo mirando cómo se aleja y noto que me desvanezco.

A la mañana siguiente…

Entro en la cocina notando un agujero espeso y rasposo en mi garganta, una mezcla entre hambre y sed no me deja pensar en nada más que en llevarme algo jugoso a la boca. Mi lengua sabe a metal y mi aliento debe de oler a mil demonios, aunque me he lavado los dientes dos veces. Es domingo y son las doce del mediodía, me estalla la cabeza y me pesan todos los huesos del cuerpo. El desorden me recuerda a una película en que unos ladrones ponen patas arriba la casa de un testigo de asesinato, pero en ese momento el desorden me es indiferente,

solo pienso en tomar algo que reponga mis energías. Pienso en el motivo de mi malestar y una imagen de David caminando por mi lado, con unos renovados ojos color azul ultramar, pasa por mi mente. Recuerdo que estuve en la fiesta gótica a la que me invitó Naila, pero no recuerdo cómo llegué a casa y pienso que soñé lo de ver a David en la fiesta; aun así, una duda se pega como una lapa en las paredes hambrientas de mi estómago.

Es demasiado tarde para desayunar, demasiado temprano para comer; pienso que me vendría bien un brunch (una mezcla entre desayuno y comida que inventaron los americanos), pero no estoy en condiciones de ponerme a cocinar, además, aún no he hecho la compra. Abro la nevera y descubro dos yogures de ciruela caducados y medio pimiento verde medio podrido, rodeado de un líquido verde y amarillo. En lugar de tirarlo a la basura, cierro la nevera y enciendo la cafetera. Pienso en la posibilidad de salir a comer algo pero enseguida recuerdo que odio sentarme en un restaurante sola, fingiendo que no me importa no tener acompañante, que soy una mujer moderna, segura de mí misma y sin complejos, mientras alguien me mira de reojo compadeciéndose de mi soledad. Vierto el café en una taza verde con flores blancas, no recuerdo haber visto nunca esa taza. Me quemo con el primer sorbo y me abraso la lengua. Escupo el café tan fuerte que gotas del líquido ardiente impactan en la pared del comedor; el dolor me produce unos "gotarrones" de lágrimas que se niegan a resbalar por mi cara, seguramente mis papilas gustativas no recuperarán la sensibilidad hasta pasado mañana. Me llevo una mano a la frente y me recreo dramáticamente en mi desgracia. Seguidamente pienso en la enfermedad, en la pobreza, en la muerte… Estoy bien.

Naila entra súbitamente en la cocina; parece que se ha tomado tres cafés porque habla tan deprisa que no entiendo nada de lo que dice. Está radiante, le brillan los ojos y tiene una sonrisa desmesurada dibujada en la cara.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi compañera de piso? —suelto.

La miro de reojo esperando una respuesta.

—Hoy no he dormido sola... Es más, no he dormido —dice sin poder borrar la sonrisa de sus labios.

Al fin empiezo a despertarme.

—¿Has ligado?

—Ayer, después de tu llamada, Cara y yo empezamos a buscarte. Te encontramos tirada en el suelo al lado de un vómito apestoso. Debí imaginar que te daría uno de tus ataques de ausencia si te dejaba sola, pero creí que estabas con Dairon. En fin, capto la indirecta, Dairon no te interesa. Entre Cara y yo no podíamos llevarte al coche, así que Adrián se ofreció a ayudarnos.

—¿Adrián?

—Apareció de la nada, como un caballero dispuesto a ayudar a dos damas a mover un cadáver. Vale, un cadáver no, pero casi, porque, cariño, estabas cao.

—Ya… respecto a eso, perdona por…

—Sí, sí, sí —me interrumpe ella—, vuelvo con mi príncipe. ¡Está en mi cuarto!

—Pero Naila, si lo conociste ayer…

—Calla, monja.

Mientras se aleja, voltea cada dos pasos para regalarme una sonrisa de loca que me deja con la boca abierta.

Solo he encontrado un paquete de galletas blandas para llenar mi estómago; están insípidas y al empezar a recordar el fracaso con borrachera incluida que fue la fiesta, empiezo a sentir ganas de engullir toneladas de chocolate. Recuerdo el único ojo color miel visible que mostraba Dairon, su metro ochenta y su estilo bailando. No es que no me gustara, quizás conociéndolo un poco más… No era mi intención dejarlo plantado en la pista, pero la borrachera y mis ganas de ir al baño pudieron conmigo. Empiezo a pensar que echarme un novio (el que sea) me vendría bien para subir mi autoestima, quizás le pida a Naila el teléfono de Dairon, parecía, cuanto menos, algo interesado en mí.

Por la tarde, me visto y salgo a la calle. No he mirado la hora al salir de casa y no llevo reloj. Empieza a hacer frío y una brisa fresca me provoca un escalofrío, se oye un estruendo que sacude el cielo y las gotas empiezan a caer en mi cara. Corro pegada a los edificios para que los balcones me resguarden de la lluvia; no tiene sentido volver a casa, ya he salido y estoy hambrienta.

Llego a una cafetería y decido entrar para pedir un capuchino gigante con un par de donnuts de chocolate. La cafetería está llena y no hay mesas libres, pero una pareja se levanta de una mesa y

se pone las chaquetas, consigo el sitio. Con el primer sorbo me doy cuenta de que me he pasado con la canela y el azúcar; de todas formas, me siento agradecida de tener café y donnuts.

Miro a una pareja sentada a mi lado; la chica le acerca a su novio un pedazo de pastel de chocolate con la mano y le mancha la nariz. El chico sonríe y se lleva la lengua a la nariz. Tiene la lengua extraordinariamente larga, tanto que consigue lamerse la mancha de chocolate, lo que hace que la chica empiece a reír más fuerte. Empiezo a sentirme sola y desgraciada y me acuerdo de la sensación horrible que tengo cuando estoy sola en un restaurante. Me dispongo a devorar los donuts y salir de allí corriendo, pero sigue lloviendo, así que le doy un bocado resignada a uno de los donuts.

Una figura se planta delante de mí haciéndome sombra, es un chico muy alto. Lleva una boina negra y el pelo rubio le asoma por los bordes, está empapado; con una mano sostiene una taza y con la otra un bocadillo vegetal.

—He visto que estás sola y como no hay más sitios y está diluviando... ¿te importa que me siente?

Aún no le he dicho que se siente y ya me veo casada con él y con cuatro hijos… El final de sus tejanos está deshilachado y lleva un agujero en las rodillas del pantalón; podría pasar perfectamente por un vagabundo, un vagabundo muy guapo.

Cuando ya está sentado, se saca un móvil de última generación del bolsillo y lo deja encima de la mesa.

—Con la lluvia y el frío me ha entrado un hambre...

Yo asiento con la cabeza dándome cuenta de que si no hablo pareceré molesta por su presencia, o peor: tonta.

—Cuando hace frío siempre me llama el chocolate —digo.

Él me sonríe y le da un sorbo a su café.

—He oído en las noticias que la tormenta procede de Rusia.

Le da un bocado a su bocata.

—Yo nunca veo las noticias, suelen enfadarme mucho o deprimirme.

Dirijo mi mirada hacia abajo, estoy arrepentida de haber dicho eso.

—A mi novia le pasa lo mismo, es demasiado sensible.

Empiezo a preguntarme cómo había sido tan ilusa de pensar que un chico así no tenía novia. Le suena el móvil y escucho toda su conversación.

—Vaya, tengo que irme, mi novia me espera en la esquina con el coche en doble fila, encantado de conocerte.

Se traga el café de una sentada y se lleva el bocadillo.

—Igualmente... —digo demasiado tarde.

Se me ha ido el hambre, dejo el café por la mitad y uno de los donuts sin tocar. Salgo de la cafetería. Está lloviendo a cántaros, pero no me importa. Camino hacia casa muy despacio, con la cabeza gacha; una lágrima me resbala por la mejilla y se camufla con el resto de las gotas de lluvia que me resbalan por todo el cuerpo.

Alguien se me acerca tan deprisa que por un momento pienso que es un ladrón: una mujer con una joroba muy pronunciada se me acerca y me coge el brazo.

—Niña, dame una monedita —me mira con cara de súplica.

—Lo siento, señora, no llevo —miento.

Despego su mano de mí y acelero el paso. No es que no quiera darle una moneda por agarrada, pero el hecho de tener que buscar el monedero junto a ella, con su mirada fija en mí… me pone los pelos de punta. Pienso en llevar en el bolsillo del pantalón algo suelto siempre... para estas ocasiones, que en Barcelona resultan ser muy numerosas.

Pienso en la cara del chico de la cafetería.

«¿Y qué esperaba? ¿Que me invitara a cenar, nos enamoráramos y fuéramos felices para siempre? Sí, supongo que eso es lo que esperaba», reflexiono para mí misma.

Camino empapada y alicaída hasta llegar a casa. Me quito la ropa y la dejo tirada en el suelo, me meto en la cama y me tapo hasta la cabeza. Quiero soñar con David y cierro los ojos pensando en él. Después de un largo rato, levanto la cabeza para mirar el reloj y veo que son la una de la

madrugada. Aún no me he dormido; el maldito café está haciendo su efecto, y encima mañana tengo que trabajar. Doy mil vueltas en la cama hasta que noto un peso muy fuerte en mis párpados. Por fin estoy a punto de dormirme, con suerte, esta noche le veré.

2 Capítulo 3 Glória sueña con la fiesta

Sueños de Gloria

Estoy en el jardín de la casa de la fiesta a la que me llevó Naila. Es de noche y no hay nadie. Todo está en silencio. Oigo a un búho a lo lejos. Llevo el vestido que Naila me dejó y camino hacia donde vi al grupo de jóvenes sentados en el suelo con las manos entrelazadas.

David está allí, de pie, acariciando al gato que no se dejó tocar por mí aquella noche. Le observo escondida tras unas plantas con flores blancas. Estas me rozan la cara y me hacen cosquillas.

—David —llamo, escondida.

Él se gira y yo me escondo.

—David.

Esta vez no me escondo. Al verme, sus facciones se suavizan, sonríe suavemente y empieza a caminar en mi dirección. Los bordes de su camisa revolotean como alas de pájaro volando por el cielo a cámara lenta. Cuando pasa por mi lado, lo agarro de la mano, haciéndolo parar. Cuando se gira, me mira a los ojos y sonríe.

—¿Ves cómo eres tú quien me persigue?

Me aparta el pelo de la cara para verme bien.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Al ver que no contesto, me da un beso lento y tierno en la frente. Me deja sin aliento mientras me acaricia los hombros.

—Buscarte —respondo al fin.

—Se te ve triste —dice, acariciándome la mejilla.

Niego con la cabeza.

—Ahora ya no lo estoy.

—¿Tienes algún problema cuando despiertas?

—El único problema es que, cuando estoy despierta, tú no estás.

Nos abrazamos tumbados en el césped, al pie de un árbol, durante mucho rato. Le abrazo con mi cabeza en su estómago mientras él me acaricia el pelo. En los brazos de David me siento protegida y querida; sus brazos son como estar en casa.

—¿Y esa ropa? —me pregunta.

—Me la han prestado.

—Me gusta… mucho.

David se mueve y acabo tumbada en el suelo, boca arriba. Él se tumba a mi lado y me mira de arriba abajo, sutilmente.

—Quiero arrancarte las medias —dice, mirándome fijamente a los ojos.

—Primero invítame a una copa —bromeo.

—Ven aquí.

Me siento y David empieza a desabrochar el lazo que sostiene mi corsé muy lentamente, hasta que mi pecho queda expuesto. Dirige su mirada a mis ojos, luego a mi pecho, y después a mi

boca. Pero no me toca. Se muerde el labio y lo humedece muy lentamente con su lengua. Le desabrocho muy lentamente la camisa, con su cara y su boca muy cerca de la mía. Su mirada se concentra en mis labios. La espera me está poniendo muy ansiosa. Mi respiración se acelera y se vuelve dificultosa.

Finalmente me agarra a la altura de las costillas y me coloca con la espalda apoyada en el árbol. Él está de rodillas frente a mí. Me abre las piernas y las coloca alrededor de sus caderas. Mis ojos no se despegan de los suyos hasta que sus labios tocan la parte derecha de mi cuello y noto su lengua húmeda besándome. Cada vez me besa más fuerte. Me succiona el cuello cual vampiro, y mi cuerpo reacciona humedeciéndose. Con su mano izquierda me agarra del pelo, y con la derecha llega a mi ingle y me desgarra las medias de rejilla. Sus dedos se pierden en mis bragas y no puedo contener los gemidos. De repente me agarra por las caderas y tira bruscamente de mí hacia él, hasta que mi espalda toca completamente el suelo. Se tumba encima de mí y empieza a besarme en los labios. Le desabrocho el pantalón y juego con su sexo.

Un ruido infernal invade mis sentidos. Empiezo a evaporarme y emerjo en mi cama. Me ha despertado la música de Naila. Gruño, desesperada y enrabietada. La oigo gritar. Está haciendo el amor con Adrián. Me levanto de un vuelco, me dirijo a pasos agigantados a la habitación de Naila y entro dando un portazo contra la pared.
—¡Eh! Más vale que cierres la puta puerta, a no ser que te quieras unir —gruñe Naila.

Adrián me mira con ojos esperanzados. Mi rabia se ha evaporado y me invade un sentimiento desmesurado de vergüenza. Bajo la mirada y veo que estoy en bragas, con una camiseta blanca muy corta, transparente y con tres botones desabrochados en el escote.
—Esto… ¿podéis bajar el volumen? Mañana es lunes… —balbuceo.
—Glória, cielo… —dice Naila con una voz demasiado calmada que me da mala espina— estás al lado del volumen, bájalo tú. Y lárgate, ¡estamos intentando follar!

Bajo el volumen de la música y salgo de la habitación.
Vuelvo a mi habitación con el corazón acelerado, sin entender muy bien a dónde se ha ido mi enfado.
Cuando vuelvo a la cama, estoy demasiado acelerada para dormirme. Ignoro el latido acelerado de mi corazón y la impresión de haber visto a Naila y a su pareja en semejante postura. Cierro

los ojos.
Intento concentrarme en volver a mi sueño con David. Me olvido de Naila, de la habitación, de mí misma…

Emerjo de la nada a los pies del árbol donde estaba con David, pero él no está. Lo busco con la mirada, pero no lo encuentro. Corro alrededor del bosque y de la casa, pero no hay señales de él. Entro en la casa, atravieso la entrada, el comedor, la cocina...

Subo las escaleras. Está demasiado oscuro como para ver por dónde camino.
Choco con alguien y grito, aterrorizada. La luz de un mechero ilumina la cara de David.
—Shhh, soy yo —me tranquiliza.
—Perdona... Me he despertado y...
David no me deja terminar la frase. Me tiene acorralada contra la pared. Un escalofrío aparece en mi ingle y me recorre el estómago hasta llegar a la boca del estómago.
—No tienes por qué despertarte nunca más, si no quieres…
Aparto la vista hacia un lado.
—¿Se puede hacer eso?
David consume mis labios con los suyos y pierdo la noción de todo. Estamos de pie, contra la pared. Sus manos recorren todo mi cuerpo. Oigo gente alrededor. Pueden vernos. No me importa.

3 Capítulo 4: El encuentro

Han pasado dos semanas desde la fiesta y no consigo quitarme la imagen de David caminando por mi lado de la cabeza. Seguramente lo imaginé, ayudada por las copas de más que llevaba encima. Pero las conversaciones que he ido teniendo en sueños con David desde entonces se han vuelto más irracionales, y no dejo de imaginar que lo encuentro en alguna parte de la ciudad, despierta.

Los días en el trabajo como dependienta se me presentan largos, monótonos y, sobre todo, aburridos. Naila me ha comentado dos o tres veces a lo largo de la semana que Dairon ha preguntado por mí varias veces. Quizás sea por soledad o desesperación, pero algo en mi

cabeza me dice que mantener una relación real con alguien me vendría bien. Incluso algo pasajero me resulta tentador.

Es martes por la tarde. Hoy he cobrado, y tras repasar mi armario de arriba abajo, decido que es hora de renovarlo. Arreglarme un poco más me ayudará en mi intento de conquista de Dairon. Camino hasta el metro. Estoy en la parada Dos de Mayo, así que tengo que hacer transbordo para bajar en Plaza Cataluña.

En uno de los pasillos del metro hay un hombre tocando un instrumento de viento. No tengo ni idea de qué instrumento es, pero suena fantásticamente bien. El hombre tiene una barba blanca que le llega al pecho. Las arrugas de sus ojos son visibles incluso a una distancia considerable. Está sentado en el suelo. Lleva unos pantalones de vestir negros con algunos agujeros. A cada lado de él hay dos policías hablando por una especie de walkie-talkie.

Me pregunto si la policía no debería estar persiguiendo a los ladrones del metro (que no son pocos), en lugar de molestar a un pobre hombre que nos deleita con su música para llevarse algo que comer a la boca. Me meto la mano en el bolsillo y palpo cincuenta céntimos. Decenas de personas caminan por el pasillo estrecho del metro, ignorando al músico. Nadie se atreve a poner una moneda en la gorra del hombre, intimidados por la presencia policial. Cuando paso por su lado, hago palanca con el dedo pulgar de mi mano derecha y la moneda sale volando hasta la gorra. Me parece imposible que haya hecho canasta. La moneda hace ruido al impactar con las pocas que ya hay en la gorra, y el hombre me mira y asiente con la cabeza, descubriendo esta Lleva una boina que parece tener mil años.

Cuando subo por las escaleras hacia la salida, me siento muy orgullosa de mí misma.

No sé a qué tienda ir primero. Quizás debería haber ido al mercadillo. Camino por Portal del Ángel, esquivando a la gente que va en mi misma dirección. Hay todo tipo de personas. Chicas jóvenes cuchichean entre ellas, madres con hijos, turistas chinos, ingleses, alemanes, italianos...

A la altura del Corte Inglés se ha formado un corrillo de personas. Están viendo la actuación de unos bailarines de breakdance. El show está muy animado y la gente hace fotografías, dejando ciegos a los del otro lado con el flash. Un chico hace el pino, da una vuelta sobre sí mismo volando por el aire, recupera el equilibrio con una sola mano, empieza a girar apoyando su cuerpo en la cabeza protegida por un casco, y da vueltas una y otra vez. Su turno ha terminado

y otro de los bailarines coge unas cadenas y las empieza a mover a lo Karate Kid. Si se da con eso en la cara, lo va a pasar muy mal... Sigo caminando porque me conozco el show de memoria.

Una mujer mayor con una hucha en la mano me coge la mano y me pone una revista en ella.
—¡Pero oiga! —protesto.
La mujer sonríe y me echa una charla sobre la revista solidaria. Finalmente dice que vale dos euros.
—Solo llevo un euro cincuenta suelto, señora.
Empiezo a sacar el monedero, esperando que si le compro algo me dejará tranquila.
—Otra vez será, guapa —me corta.
Me arranca la revista de la mano, alejándose hasta su próxima víctima.
—Vieja lunática —pienso.

Entro en una tienda con carteles en los escaparates de camisetas a cinco euros. La música me invita a comprar y me adentro en el mundo adictivo de las compras compulsivas.

Al llegar a casa, entro en mi cuarto y saco mi compra de las bolsas, dejándolo todo esparcido por el cuarto. Empiezo a probármelo todo para comprobar que he acertado con mi compra.
Naila entra en mi cuarto llorando a moco tendido. Acaba de pelearse con Adrián.
—No puedo creer que tenga un novio tan inmaduro. Es vergonzoso lo que me ha pasado. Iba con Adrián cogida de la mano, salíamos del cine de ver una peli malísima. Una mujer mayor ha saludado a Adrián y le ha parado. Él me ha soltado de la mano y me ha presentado como una compañera de trabajo. ¡Si ni siquiera sé dónde trabaja! Parece que era la bruja de su madre, que me ha mirado con cara de no-aprobación de arriba abajo. ¡Pues bien que a todos sus amigos me presenta como su novia!

Naila se seca los mocos con un pañuelo de papel demasiado usado. Sin embargo, deja que una lágrima solitaria recorra su mejilla.

Intento quitarle importancia a su drama:
—Mujer, igual no está preparado para presentarte como su novia a su madre...
—¿Que no está preparado? ¡Por el amor de Dios, tiene treinta años! ¡Si no está preparado ahora, no lo estará nunca!

—¿Qué tiene 30 años? Parece más joven. ¿Qué haces con un hombre tan mayor?
—Glória querida, tenemos las dos 23 años. Ya no somos unas niñas.

Saca otro pañuelo de papel y se suena berreando como una niña pequeña.
—Solo hace dos meses que salís. Yo no le presentaría un novio mío a mis padres hasta por lo menos... después de un año.
Me encojo de hombros y le enseño una camiseta negra que me he comprado.
—Tira ese remilgo a las alcantarillas.
—¿Tan horrible te parece?
—Quizás le sirva de nido a alguna rata.

Meto la camiseta en el armario, negando con la cabeza.
—Ya estoy harta de niñatos inmaduros. Hemos cortado.

Se mira las uñas y se arranca una piel del dedo meñique. Sé lo que necesita, y la informo del plan:
—Iré a comprar helado de nueces de macadamia a la tienda de la esquina, y de paso iré al videoclub a por *El diario de Bridget Jones*.
—Sí... porfa.

Le doy un abrazo un poco frío, ya que no quiero que me llene la camiseta de mocos.

(sigue en el próximo mensaje...)

Corro al "badulaque" de la esquina. Un hombre y una mujer indios no apartan la vista del televisor ni para saludarme. El televisor es del siglo pasado, igual que el mueble que lo sostiene. Están mirando una especie de novela india. Un chico joven con la cara llena de granos, que parece ser descendiente de los dependientes, está colocando mercancía y mirándome el culo de reojo. Pago apresurada y vuelvo a casa.

Cuando acaba la película, Naila sigue devorando el helado, dejando resbalar churretes por su barbilla, con los ojos llenos de lágrimas.
—Vaya mierda de película. En la vida real nunca aparece el príncipe azul al final. Ni todos son felices, ni mucho menos comen perdices. Esta peli debería estar en la sección de ciencia ficción —dice.
Coge otro pañuelo de papel y se vuelve a sonar.

—Está en la sección de amor.

Ella me mira de reojo.

—Pues eso: ciencia ficción.

—El amor existe, Naila.

—Pues lo dice alguien que está tardando mucho en encontrarlo.

—No he encontrado a la persona adecuada, solo es eso.

—¿Te has decidido a darle una oportunidad a Dairon? Todos los hombres son ratas. Tíratelo para deshacerte de tu patética virginidad. Después, verás las cosas de otra forma. No hay príncipes azules, Glória. No querrás morir virgen.

—¿Sabes? Quizás lo haga.

—Cuando lo vea, lo creeré.

El pesimismo de Naila se me ha pegado, y cuando al fin se duerme, después de darle una tila con tres bolsitas, decido llamar a Mireia. Mireia es mi mejor amiga; la conozco de toda la vida y llevamos un mes sin vernos. Ella trabaja de cajera en un supermercado. Tiene la carrera de arquitecta, pero no ha encontrado trabajo de lo suyo, como media España. Es muy positiva y siempre tiene buena cara. Necesito ponerle una nota esperanzadora al día, y nadie mejor para conseguirlo.

Quedamos en el paseo Gaudí para tomar un daiquiri de fresa. Entramos en un bar muy elegante, con la luz muy tenue y una música sobria de jazz. El bar está muy animado a pesar de ser martes. Ella es muy bajita, mide 1,50 metros, tiene el pelo castaño, rizado y muy largo. Odia su nariz respingona y en su vida se ha hecho las cejas. Mireia me pone al día de las novedades en su vida y me cuenta un par de anécdotas graciosas que nos hacen reír a carcajadas.

—Bueno, ¿y tú qué? ¿Sigues siendo virgen?

—Sabes que sí —respondo—. En el mes que no nos hemos visto no ha pasado mucho… excepto…

—¿Has conocido a alguien? —me pregunta, esperanzada.

—Ni siquiera sé si me gusta.

—¿Pero tú le gustas a él?

—Eso parece. Según Naila, quiere quedar conmigo para tomar algo.

—¿A qué esperas para contarme cómo es?

—Pues… es un poco siniestro. Incluso su voz es siniestra. Es gótico, pero muy, muy gótico.
—¿Y cuál es el problema? Puede que no vistas como una gótica, Glória, pero admítelo: con tu personalidad deprimida, tu cara pálida y ese toque de "nadie me entiende"... Tu peli favorita es *El cuervo* y tu mente siempre está en funcionamiento con pensamientos sobre la muerte.

Con eso sé que se refiere a mi trauma con la muerte de Marcos. El recuerdo me deprime inmensamente y mis ojos se llenan de lágrimas.
—Perdona, Glória, nunca hablo de eso. Es el alcohol. Lo que quiero decir es que deberías darle una oportunidad al chico siniestro. No pierdes nada.

Consigo que mis ojos absorban las lágrimas que amenazaban con caer. Borro el pensamiento de Marcos de mi mente y me enfoco en Dairon.
—Hoy he ido de compras. La verdad es que me lo estoy pensando seriamente.
—¡Un brindis por Mr. Siniestro!
—Brindo por eso.

De camino a casa, con el puntillo del alcohol, me fijo en una chica. Es bajita y lleva el pelo de color verde. Va vestida de negro y le cuelga un mosquetón de la cadera. Fijándome un poco más, concluyo que es la chica que vi jugando a la ouija en la fiesta gótica. Camina con paso ligero y lleva puestos unos cascos. Va en la misma dirección que yo, así que, de vez en cuando, levanto la vista para ver qué hace.

Gira una calle a la derecha. Yo tengo que ir a la izquierda, pero la curiosidad me pica y decido seguirla. Me siento como un detective privado siguiendo a un sospechoso. En realidad, debería sentirme como una psicópata. La veo entrar en un garito. Decido que sería demasiado raro entrar solo para espiarla, así que paso por delante para ver qué tipo de garito es.

Al pasar por delante, la veo sentada junto a una chica. Al lado de esta, un descubrimiento repentino me sacude: allí está él. David está sentado en un taburete, bebiéndose una cerveza. Tal cual. Se mueve y respira como la vida misma. No puedo creer que lo esté viendo por segunda vez. Si no me hubiese tomado ese daiquiri, podría tener la seguridad de que lo estoy viendo realmente. Pero ahora, me falta el aire y un sofoco me sube a la cabeza. El pánico me invade. La locura no entraba en mis planes.

Me escondo pegada a la pared como una lagartija, con los ojos a punto de salirse de mis órbitas. Me autotranquilizo diciéndome que no pasa nada. Asomo la cabeza. Pienso en la posibilidad de estar alucinando y la descarto. Pienso en la posibilidad de que al fin estoy psicótica, y me cuesta más descartarla. Podría entrar y acercarme para verle bien, pero el corazón me late demasiado deprisa y me cuesta respirar.

«Voy a entrar. ¿Y si me reconoce? Qué tontería. ¿Cómo iba a reconocerme? No lo conozco realmente. ¿O sí?» La paranoia me invade.

Mientras recapacito sobre la posibilidad de estar loca, la puerta del garito se abre. El humo de su cigarrillo me hace recordar que necesito fumar uno también. Los tres se alejan riendo y hablando. El supuesto David tira la colilla de su cigarrillo al suelo. No me han visto, o me han ignorado. Me acerco encorvada. Enseguida pienso que es ridículo y sospechoso caminar así y me pongo erguida. Cuando llego a la altura de la colilla, la cojo, la inspecciono por todos los ángulos para ver si es real. Le doy una calada. Sabe a tabaco…

«¿Y qué esperaba? ¿Pegarle una calada y teletransportarme al lugar de los sueños? Sí, eso es lo que esperaba», reflexiono.

—Estos jóvenes se están perdiendo —oigo decir a una señora mayor a otra.

Me giro y veo que me están señalando. Ignoro a las mujeres y me centro en no perderle la pista a David. Les sigo de lejos, pellizcándome por todas partes, escondiéndome entre las esquinas. Ya no me parece un juego, como cuando perseguía a la chica del pelo verde. Ahora me lo tomo muy en serio, porque necesito saber si él es, o no, literalmente: el hombre de mis sueños.

La chica del pelo verde habla animada con David, mientras la otra le mira, sonríe y asiente de vez en cuando. La calle ancha por la que caminamos se va volviendo cada vez más estrecha, y el suelo, cada vez más oscuro. Los edificios se vuelven más altos y más próximos entre sí. Los tres se paran en una esquina y están unos momentos hablando. Finalmente, se dan dos besos y cada uno toma una dirección distinta.

David entra en un callejón muy oscuro, con apenas dos farolas encendidas, una en cada extremo. Esta apenas mide un metro. Es el típico callejón donde robarían y matarían a alguien después de violarlo. Pero es David, y ya estoy perdiendo de vista su silueta. Saco el móvil y lo preparo con el número de Naila por si me saliera un maleante. En la otra mano llevo las llaves,

con las que no podría hacer más que intentar sacarle un ojo a un posible agresor. Pero es todo lo que tengo.

David ha desaparecido en las sombras y me adentro en el callejón, apresurada. Camino deprisa y nerviosa. Al llegar al final, veo a David hablando con lo que parece ser una prostituta. Espero, incrédula. La prostituta le da un beso en la mejilla y, mientras se aleja, le grita:
—¿Seguro que no quieres pasar un buen rato, guapo?

David se gira y le lanza un beso. Después se aleja. Paso junto a la prostituta, con la mirada baja. Ella lleva el pelo a lo afro, parece sudamericana, lleva un top verde plateado y unas bragas negras.
—Si yo te pillara, papito lindo, ya no tendría que fingir nada —murmura.
Paso por su lado, con mi vista fija en David.
—So puta, búscate otra esquina, no te jode la guarra —dice, acercándose demasiado.

Corro para evitar que me atrapen sus garras. Noto unas uñas de plástico arañar mi brazo. Me escapo por los pelos y anoto mentalmente desinfectarme el brazo al llegar a casa.

David ha girado a la izquierda, pero cuando llego a la esquina no lo veo. Me meto en la primera calle que encuentro para quitarme de la vista de la prostituta, y me topo de frente con un hombre que camina con un hombro mucho más alto que el otro. No tiene dientes y, al pasar por mi lado, emite un sonido como de animal herido.

Una cosa es tener un encontronazo con una prostituta, y otra muy distinta que esto empiece a parecerse al circo del terror. Empiezo a mirar por todas partes para salir de ese barrio. Ya no veo a David y el terror empieza a invadirme. Empiezo a correr, asustada, sin saber a dónde voy. Pero choco con alguien. De mi boca sale un grito agudo y desgarrado. Me encorvo con la cabeza agachada y las manos cubriéndome la cara para protegerme ante cualquier tipo de agresión. Pero la persona con la que he chocado se aparta, y aprovecho para salir corriendo. Me giro para ver si me sigue, pero me doy cuenta de que la paranoia me ha invadido y de que nadie me persigue. Solo veo una figura en la oscuridad que se frota el hombro donde he impactado.
—¡Joder! —oigo quejarse a mi impactado.

La figura se aleja hasta colocarse bajo la tenue luz de una farola. Frunce el ceño y se toca el hombro. Con la otra mano saca una llave y la mete en una cerradura. La puerta se abre y veo desaparecer a David bajo la lúgubre oscuridad de un portal.

Mi miedo se disipa al descubrir que he chocado con David. Espero un rato apoyada contra la pared, a la sombra de la noche. Veo que la luz del comedor del primer piso se enciende. Sé que está en la cocina porque oigo el ruido de unas cacerolas. Tras unos minutos, decido irme y recordar el camino para volver cuando esté sobria. Quizás todo esto sea producto de mi borrachera. Voy todo el camino memorizando el nombre de las calles para no perderme la próxima vez que vuelva. Ya estoy calmada. Evito la calle de la prostituta y escojo calles más iluminadas para regresar a casa.

Cuando entro en casa, cojo una botella de agua y me encierro en el cuarto sin encender la luz. No me doy cuenta de que estoy sedienta hasta que me bebo media botella de pie, entre la puerta y la cama. Me quito los zapatos con los pies y me siento a oscuras en el centro de mi cama, con las piernas cruzadas a lo indio. Mis manos reposan débiles en mi regazo y mi mente trabaja a toda velocidad. Reconstruyo rápidamente lo que ha ocurrido esa noche. Los flashbacks hacen cola en mi cerebro mientras una voz profunda resuena en la parte de atrás de mi cabeza: *loca*. Paro en seco el balanceo que produce mi cuerpo a modo de mecedora y me quedo quieta, sin pensar en nada, hasta que mi cuerpo se rinde y me duermo.

4 Capítulo 5 La discoteca

Estoy en el trabajo. Hoy es miércoles. Ayer seguí a David por callejones oscuros y hoy me dispongo a volver para rondar el portal de su supuesta casa. Estoy hasta la coronilla de doblar camisetas y colgar pantalones en perchas malas de plástico: siempre se les sale la pinza y pierdo el tiempo recolocando prendas. Este trabajo no me llena.

—Perdona, ¿tendrías este pantalón en una talla 40? —me pregunta una mujer acalorada, con un pantalón en la mano y un niño con mocos colgando, verdes, en la otra.

—Enseguida se lo miro.

Cojo el pantalón que la mujer lleva en la mano. Es evidente que no es para ella: su oronda figura no entraría en una talla 40 de ningún modo. Al mirar la etiqueta, recuerdo que mi compañera de

trabajo, Beli, cogió esa misma talla el día anterior y se los probó en el almacén. Con lo despistada que es, seguro que los dejó tirados en algún rincón.

Cuando me aproximo a la puerta del almacén, Beli se acerca bebiéndose un zumo de tetrabrik con pajita.

—¿Y esa qué quiere? —pregunta, desinteresada.

—Pregunta por el pantalón que te probaste ayer. ¿Tú lo vas a querer?

—Aún no lo sé. Me hace un buen culo. Dile que no quedan.

Cuando le digo a la mujer que no queda la talla que pide, ella da un suspiro y le pega un guantazo al niño.

—Pero tengo uno muy parecido. Venga por aquí.

El pantalón que le ofrezco parece gustarle más que el primero y lo compra contenta.

—Muchas gracias, guapa.

—A usted.

Beli se acerca apresurada al mostrador, riendo maléficamente. Sus ojos brillan con maldad y picardía.

—¿Has visto el guantazo que le ha "pegao" la vieja?

—¿Que si lo he visto? No sabía dónde meterme.

Beli suelta una carcajada mientras se aleja en dirección al almacén.

—¡Gloria! Ven, que vamos a desayunar.

Los miércoles en mi trabajo la encargada libra, lo que significa que reina la anarquía en la tienda. Raquel suele ir al supermercado de al lado a comprar todo tipo de guarradas para desayunar. Hoy el almacén está repleto de bolsas de gusanitos, zumos, pan Bimbo y fiambre de todo tipo. Raquel deja la puerta del almacén entreabierta para controlar la tienda mientras me preparo un sándwich sentada en el suelo. Un hombre nos interrumpe.

—Hola, ¿alguien me puede atender?

—Yo misma, caballero. ¿En qué puedo ayudarle? —dice Beli, saliendo del almacén con una miga de pan pegada al labio.

Mientras tanto, Raquel y yo nos ponemos las botas a sándwiches y gusanitos, hablando de tonterías.

Beli entra en el almacén con una camiseta verde puesta de la tienda.
—Me queda bien. Luego me la quito y la dejo donde estaba.
—Yo voy a probarme zapatos —dice Raquel, pisando un sándwich.
—Serás guarra —dice Beli, escupiendo al suelo.

Las tres empezamos a reír descontroladas hasta que nos ponemos rojas. Pasamos el resto de la mañana probándonos ropa y haciéndonos fotos. Beli decide llevarse la camiseta a casa para una cita que tiene esta tarde con un chico.
—La devolveré mañana —dice, mirándose el culo en el espejo.

Ya son las tres de la tarde, así que mi turno ha terminado. Voy al almacén a coger mi bolso. Una vez dentro, veo que queda medio paquete de pan de molde, tres zumos y un paquete de chorizo. Me monto un sándwich triple con las manos sucias y lo meto en una bolsa con un zumo.
—Hasta mañana, Glória —me despide Beli.
—Suerte en tu cita.
—Este no se me escapa —dice Beli, tocándose los pezones y moviendo la lengua como una serpiente.

Sonrío y miro a Raquel, que me saluda con la mano desde la otra punta de la tienda.

Mi objetivo es volver a la calle de David. Normalmente, cuando estoy nerviosa se me corta el hambre, pero hoy noto un agujero profundo en la boca del estómago y en el cuello. Así que desenvuelvo el bocadillo que llevo en la bolsa y le pego un bocado. El pan tiene un toque dulce que, al contrastar con el salado del chorizo, hace que me salive la boca rápidamente. Engullo el zumo y el bocadillo en pocos segundos, de camino al metro.

No tengo claro qué parada coger para llegar al barrio de David, así que me paro en el paseo Gaudí e inicio todo el recorrido hasta la puerta de su casa. El barrio de día es otra historia. Los estrechos callejones están iluminados por un sol abrasador y “guiris” con bermudas fosforitas señalan balcones y portales, al son de un violín animado tocado por una chica de rasgos asiáticos muy elegante, que usa el estuche como recipiente para donativos. Por lo que se ve, no le va nada mal. No hay rastros de prostitutas ni de hombres tullidos faltos de dientes. De los

balcones cuelgan ramas de flores que se pierden en macetas de barro, acompañadas de figuras de enanitos y otras esculturas pequeñas.

Al llegar a la calle de David, alzo la vista a la ventana de su cocina: no hay señales de movimiento. Miro a los lados y veo un pequeño bar en la esquina. Cojo mi teléfono móvil para disimular y finjo que escribo mensajes. Finalmente, decido entrar en el bar y tomarme un cortado, fingir que estoy haciendo algo normal y vigilar el portal de David. Cuando entro, me arrepiento al instante: hay tres marroquíes fumando y bebiendo cerveza en la barra, y dos viejos fuman puros y beben coñac en una pequeña y mugrienta mesa.

Me sitúo en una mesa pegajosa, pegada a una ventana. Desde aquí diviso bien la puerta y la ventana de David.
—¡Niñaa! ¿Qué te pongo? —me grita el camarero, con acento andaluz.
—Un cortado… ¡No! Mejor un café con leche…

Hace quince minutos que me he tomado el café con leche y empiezo a pensar que lo imaginé todo. No hay ni rastro del hombre de mis sueños. Pago y salgo del bar. Una persona sale corriendo del portal a toda prisa: es David. La sangre se me hiela bajo el abrasador sol veraniego. Mi boca olvida cómo cerrarse y mis ojos se abren exageradamente. En un segundo, David se pierde entre la gente. No pienso ponerme a correr como una lunática detrás de él, y me atormento por haber dudado como una boba y perderle de vista.

Tengo que planear una estrategia para la próxima vez que venga a acosarle —porque eso es lo que estoy haciendo—. Aunque me reconforta ver que mi alucinación es real, no puedo permanecer para siempre en las sombras. Debería hacer acto de presencia, decirle algo, pasar por delante para ver si me reconoce…

De camino a casa, me miro en el cristal de una puerta. Mi pelo castaño está despeinado y alborotado. Me miro la muñeca en busca de una goma de pelo. Tengo suerte. Me hago un moño algo encrespado. Noto que ha vuelto mi rasta natural de no peinarme. Tengo el pelo muy grueso y espeso, lo que lo convierte en un amasijo de vida rebelde e indomable. Vuelvo a casa decepcionada, dándole vueltas a la cabeza. Sigo sin saber cómo presentarme a David.

Una semana después…

Este agosto es más caluroso de lo habitual. Estoy en mi incómodo sofá, zapeando con la cabeza en otra parte. Se me pegan las piernas al sofá; cada vez uso pantalones más cortos y camisetas más escotadas, en parte por el calor, en parte por si David al fin pone la vista en mí. Llevo una semana "acosándole", todavía no se ha percatado de mi presencia, y me planteo plantarme enfrente suyo y acabar con esta comedia. Podría ir al garito que frecuenta con la chica del pelo verde, tomarme una cerveza y pedirle fuego. Y luego... no se me ocurre nada más. No puedo decirle que le veo en sueños y que estoy perdidamente enamorada de él...

Entro corriendo en la habitación de Naila.
—¿Conoces a una chica que estaba en la fiesta con el pelo verde? Bajita, rellenita...

La miro intensamente a los ojos, sin paciencia para esperar una respuesta.
—¿Te refieres a la loca de la compañera de curro de Cara? Se llama Ro. En realidad, se llama Rocío, pero odia su nombre y se ha auto-bautizado como Ro. Es un poco punky.

No tengo ni idea de si es ella, pero ¿qué otra opción tengo?
—Sí, ella misma. Me cayó muy bien, estuvimos hablando horas —miento.
—Este fin de semana Cara y yo iremos con Ro y sus amigos a una discoteca.

Naila me mira con curiosidad y no resisto más.
—¿Puedo ir?
—Mientras no te desmayes por bulerías en medio de la pista... —dice, sin interés, absorbida por un texto en su portátil.

Decido no volver más por la calle de David, para que no se quede con mi cara y no arruinarlo todo en la discoteca, si es que él va también. Necesito quedar como una amiga normal de Naila que se ha apuntado a una juerga con ellos, no como la rara que lo ve por todas partes.

El sábado se me hace eterno. Le pido a Naila un vestuario provocativo. Me pruebo todo su armario y, tras mucha deliberación, escojo un corsé escotado con toques lilas y una minifalda. Me paso una hora peinándome. Al final decido dejarme el pelo suelto hacia un lado. Utilizo casi un bote entero de laca para mantener el peinado firme. Necesito otra hora para maquillarme: escojo una sombra de ojos color tierra, me dibujo la raya superior del ojo y me aplico rímel como para detener un tren. Esta noche no puedo dejar nada al azar. Me siento como una loba. Una música potente llega desde la habitación de Naila; ella también se está arreglando.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

—Al fin te arreglas como Dios manda —dice Naila entrando en bragas, con una cazuela de cera depilatoria humeante—. ¿Ya te has depilado?

—Me depilé la semana pasada, ¿no te acuerdas?

—No me refiero a tus piernas. Quítate las medias. No querrás que cuando Dairon te meta mano se encuentre con un matorral rasposo.

—¿Dairon va a venir?

—Creí que me habías puesto la excusa de Ro para poder ver a Dairon —coge la botella de ron de la cocina—. Esto te va a doler.

—¡Naila!

—Entonces sin anestesia. No digas que no te avisé.

Cuanto más nos acercamos a la puerta, en la cola de la discoteca, más baja está mi autoestima de loba. Cara y Naila cuchichean a mis espaldas. Me estoy poniendo muy nerviosa: me sudan las manos y no puedo estarme quieta.

—Esta noche estás muy rara… ¿te gusta Ro?

—¿Estás tarada? Decido ponerme guapa una noche y te piensas que soy lesbiana.

—Bueno, lo que tú digas… Ro está dentro con sus amigos. Mira, ahí llega Dairon. Mierda, viene con Adrián.

—Hola —dice Adrián, mirando a Naila. Esta le gira la cara.

Dairon se me acerca y me da un beso en la mejilla. Esta noche ha dejado sus exageradas galas góticas en casa. Lleva unos pantalones tejanos y una camiseta negra simple. Su peinado es el mismo que en la fiesta; esconde uno de sus ojos tras el flequillo negro. Me habla tímidamente. No consigo concentrarme en lo que dice: tan solo asiento en las pausas que hace para respirar. Parece nervioso y no se calla.

Yo solo puedo pensar en David, en si estará en la discoteca y en cómo voy a enfrentar la situación. ¿Me reconocerá? ¿Pasará de mí? ¿Qué le digo? Y si no está… ¿cómo finjo conocer a Ro?

Cuando entramos en la discoteca, encontramos a Ro con una de sus amigas y un chico muy delgado que debe medir alrededor de dos metros. No veo a David por ninguna parte. Naila propone ir a un sitio más apartado de la pista de baile; todavía no estamos lo suficientemente borrachos como para bailar en el mogollón.

Ro niega con la cabeza.
—Le hemos dicho a Don Rompe-Corazones que le esperaríamos aquí —informa.

El corazón me da un vuelco y dejo de respirar. Algo me dice que Don Rompe-Corazones es David. Miro por todas partes, pero no lo veo. Podría aparecer en cualquier momento.
—Para variar, ha ligado. Está por ahí liándose con una tía —dice Ro.

El ánimo se me baja a los pies. Quiero que la tierra me trague. No pienso quedarme ahí esperando a que aparezca mi hombre, enganchado a los labios de otra.

Le digo a Naila que me encuentro mal y que prefiero irme a casa. Para que no insista, le digo que si me quedo me desmayaré tarde o temprano.
—¿Quieres que te acompañe? ¿Quieres que te acompañe Dairon?
—Tranquila, cogeré uno de los taxis que hay en la puerta.
—No hay quien te entienda.

Ya me he separado del grupo. Antes de salir de la discoteca me siento en la barra y me pido un cubata. Necesito un trago.
—¡Whisky con lo que sea! —le grito al camarero.

Me saco un cigarro del forro de mis botas y, al darme cuenta de que no tengo fuego, le toco en el hombro a la persona que hay a mi lado. Cuando se gira, le pido fuego sin mirarle a los ojos. El chico se queda parado, mirando algo… probablemente mi escote, con el que me he pasado unos cuantos pueblos.

Cuando levanto la vista y le miro a los ojos, un azul ultramar se instala en el centro de mi cerebro: es David. Saca un mechero del bolsillo con cara de aburrimiento. Una chica rubia le está comiendo el cuello a besos. Quiero decirle que está con la persona equivocada, que yo soy su media naranja, que llevo soñando con él toda mi vida, y que su sola presencia me hace temblar.

Cuando pone su mechero a la altura de mi cigarrillo, salgo corriendo.

Cuando llego a la segunda esquina de la calle, me doy cuenta de que llevo el cubata de whisky con cola en la mano. Me bebo medio de una sentada. El calor del whisky me hace hervir la sangre. Me ha visto. Estoy temblando y tiritando a la vez.

5 Capítulo 6: Presentaciones

—¡Eh! ¿Querías fuego?

David está a mi lado encendiendo un mechero de gasolina. La llama es exagerada para el tamaño del mechero. La imagen es extasiante. Lleva unas botas negras de punta de hierro, tejanos rotos y una camisa negra desabrochada; debajo, una camiseta blanca de tirantes marca su torso moreno y definido. Lleva colgada en un hombro una chaqueta de cuero negro. Me cuesta respirar. No podría hablar aunque quisiera, así que me limito a intentar encender el cigarro.

La llama sigue encendida, iluminando los ojos de David. Hago lo posible por no quemarme. Cuando consigo encender el cigarro y tragarme el humo, la nicotina me aviva los sentidos. Le tiro el humo muy lentamente en la cara. No puedo apartar los ojos de los suyos; él tampoco lo hace.

—¿Así que me has perseguido dos manzanas para darme el fuego que te pedí en la barra? —consigo decir de una tirada, intentando que no me tiemble la voz. Mi tono es demasiado dulce cuando quería que sonara seguro y desconfiado.

—Te has dejado esto en la barra —dice, acercando mi móvil con una mano.

Me llevo la mano a la frente y me la froto, aparto el pelo de los ojos y cojo el móvil con una mano temblorosa.

—Soy Abel —me susurra al oído. Noto su aliento en el cuello y un cosquilleo me eriza el vello de la nuca.

—Pues tienes cara de llamarte David —suelto.

Abel frunce el ceño y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta, interesado.

Me encojo de hombros. Nos quedamos mirando durante un segundo eterno. Todo su ser es milimétricamente exacto a David. No cabe duda de que es él, con otro nombre.

—Vamos, te invito a una copa. Estás temblando.

—¿Y qué pasa con tu novia?

—¿Y qué pasa con el larguirucho de tu novio?

Me sorprende que Abel se haya fijado en mí y en Dairon en la discoteca.

Abel me quita el cigarro y se lo lleva a la boca mientras me mira el escote con una postura desenfadada y seductora. Después, dirige su mirada a mis labios, vuelve al escote y expulsa el aire del cigarro en mi cara muy lentamente.

Se coloca a mi derecha y pasa su brazo izquierdo alrededor de mi cuello. Apoya la muñeca en mi hombro izquierdo; su mano descansa relajada muy cerca de mi escote. Entre los dedos sostiene el cigarro. Con la otra mano sostiene su cazadora en el hombro derecho. Mi corazón se acelera. Nuestros cuerpos están pegados. Soy incapaz de hablar o pensar. Su tacto me nubla la mente. Caminamos hacia la discoteca.

Una vez en la barra, Abel toma asiento en un taburete alto. Me dispongo a sentarme en otro, pero Abel me coge del brazo y me coloca entre sus piernas.

—¿Qué tal unas cuantas rondas de tequila?

—Vale.

El camarero nos sirve unos chupitos de tequila acompañados del característico salero y rodajas de limón. Abel pide que deje la botella.

Me coge de la mano y la acaricia suavemente. Pone la palma hacia arriba y vuelca el salero dos veces. Lame y besa mi mano sin apartar la vista de mis ojos. Mi cuerpo reacciona con electricidad. Abel se bebe el chupito de un trago y vuelve a llenar su vaso. Es tan sexy y descarado que mi cuerpo se derrite. Mi mente no reacciona y soy incapaz de pensar en algo que le siga el juego, pero a Abel parece gustarle mi atontamiento.

Me pasa una rodaja de limón por el escote y vierte sal. Pone su mano en mi nuca mientras me besa y lame el escote. Desliza la lengua por mi cuello hasta la barbilla. Se levanta de la silla poniéndome de pie sin despegarse de mí. Siento que está a punto de besarme cuando alguien le agarra del brazo y lo gira bruscamente.

La chica rubia que le comía el cuello antes lo mira con furia desmedida. Le da un guantazo que le gira la cara. Ella se va sin decir nada. Abel se lleva la mano a la cara, masajeando la mejilla mientras mira el suelo. Enseguida me mira con falsa timidez y sonríe.

Me siento en el taburete y me bebo dos tequilas sin sal ni limón. Abel hace lo mismo, me coge de la mano y nos alejamos de la barra. No recuerdo haber pagado. Una vez en la calle, Abel saca la botella de tequila de entre su cazadora y le da un trago largo. Se mancha la camiseta de alcohol y me pasa la botella.

—¿A dónde vamos? —pregunto, insegura.

—¿Acaso importa?

Empiezo a pensar que Abel solo quiere sexo casual en una esquina. No es un caballero, aunque tampoco esperaba que lo fuera. Aun así, empiezo a desconfiar. No quiero que esto se convierta en la aventura de una noche. Me paro en seco.

—Vamos, no voy a matarte ni nada por el estilo. Solo he robado una botella, puedo devolverla.

—No me preocupa la botella.

—Podemos buscar a tus amigas, si quieres —ofrece.

Miro a los lados, indecisa. Lo que en realidad quiero es estar lejos de la gente. Con él.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

—Te advierto que sé karate —miento.

—Lo tendré en cuenta —dice, sonriendo.

aminamos cogidos de la mano un rato por la Rambla. Unos indios venden a pie de calle una especie de buñuelos que huelen divinamente desde lejos.

—¿Tienes hambre?

Niego con la cabeza. Uno de los indios lleva una bolsa con buñuelos envueltos en papel de plata, su compañero lleva una nevera portátil con cervezas y otras bebidas.

—Cinco buñuelos y dos cervezas —dice Abel, sacando 10 € de una cartera a reventar de billetes. El que lleva las cervezas ayuda al otro a preparar la comida en una bandeja de usar y tirar. Lo meten todo en una bolsa y se la dan a Abel.

—Quédate el cambio —dice Abel, desenrollando un buñuelo.

—Gracias, *caoeche* —dice el indio, inclinando la cabeza.

Seguimos caminando, esquivando guiris borrachos y rateros.

—Sabe como a patata y a pan al mismo tiempo, con un montón de especias. No es una maravilla, pero me muero de hambre —dice Abel, masticando.

Me pasa un buñuelo ardiente, y lo pruebo sin mucho entusiasmo. Acabo comiéndomelo entero.

—¿Quieres más?

Niego con la cabeza. El buñuelo me ha pringado las manos y la boca, y no sé dónde limpiarme. Si mancho el traje de Naila, puedo darme por muerta.

Abel me pasa una servilleta que saca del fondo de la bolsa. Hago una nota mental para darles un punto a favor a los indios. Aún queda un culo de tequila, pero su simple olor me causa arcadas.

—Voy a tirar la botella.

—Trae —dice Abel, quitándomela de las manos y apurando el último trago.

El tupé de Abel está despeinado, lo que le da un aire aún más sexy. Sus andares chulescos me remueven por dentro. Lanza la botella y, milagrosamente, encesta en un cubo de basura a unos cuatro metros. A lo lejos, veo el puerto.

Abel me pone una mano en la cadera mientras caminamos. Poco a poco la sube por dentro del corsé hasta la cintura. El corsé le impide subir más, así que estira sus largos dedos hacia arriba y me roza el pecho con dos dedos. La energía me fluye hasta la entrepierna. Paso mi mano por su cintura hasta meterla en el bolsillo trasero de su pantalón. La tensión se palpa en el ambiente.

Llegamos al puerto de Barcelona. Caminamos por un embarcadero de madera. A la mitad del recorrido, Abel se sienta y me da la mano para ayudarme. Desde allí la vista es impresionante: los elegantes yates alzan sus mástiles hacia el cielo y la luz de la luna se refleja en el agua plateada, creando un mundo mágico paralelo.

Abel saca las dos cervezas de la bolsa que le dio el indio. Abre una y le da un largo trago. Me pasa la otra y hago lo mismo.

—Quiero besarte —murmura.

El corazón me da un vuelco. Me acerco lentamente a sus labios y le doy un único y rápido beso, con lengua incluida. Me aparto. Abel sonríe y se acerca con una mano en mi mejilla.

—No muerdo. No te muevas.

Sus labios acarician los míos suavemente. Sus besos se vuelven gradualmente más intensos. Agacho la cabeza para romper la intensidad que me abruma, pero Abel insiste, elevando mi cara por la barbilla.

—Ni siquiera he empezado, preciosa.

Un ardor me recorre el cuerpo. Abel consume mis labios muy despacio, intuyendo que la rapidez y la urgencia me asustan. Tras un largo beso que aún no ha terminado, mi cuerpo se relaja. Él pone una mano en mi rodilla y acaricia mi pierna suavemente hasta llegar a mis bragas. No llevo medias porque me las quité para depilarme. Mentalmente le doy mil gracias a Naila por haberme obligado. Abel acaricia mi cabeza con una mano mientras me besa; con la otra juega hábilmente por debajo de mis bragas. Unos suaves jadeos escapan de mi boca. Me separo

de sus labios, con la cara enrojecida. Abel saca su mano de entre mis piernas y se lleva dos dedos a la boca. Los lame y me mira de arriba abajo.

—¿Vamos a mi casa? —dice con una voz más grave de lo normal.

Hago que no con la cabeza, ignorando el hecho de que mis bragas están empapadas.

Abel se tumba en el suelo boca arriba y se despeina el pelo resoplando.

—Anda, ven aquí —dice, decepcionado.

Me acurruco en su axila mirando el cielo.

—¡Mira! ¡Hay estrellas fugaces! —grito como una niña pequeña, emocionada—. Pide un deseo.

—Por favor, que esta chica despampanante cambie de idea y se venga conmigo a casa esta noche.

Le doy un golpe en las costillas.

—Eres un guarro.

—Bien, ya me vas conociendo —dice entre risas.

—¿No nos hemos visto antes? —pregunto, esperando alguna pista.

—Te recordaría si así fuera.

Tenía la esperanza de que Abel me hubiera visto en algún sueño. Parece que no. Me pregunto si tengo algún tipo de don o algo por el estilo mientras contemplo el cielo. Tras unos minutos empiezo a sentir sueño y me siento, temiendo que si no lo hago, me quedaré dormida. Me asomo al agua. Unos pececillos saltan alborotando la superficie bajo mis pies.

—¿Queda algún buñuelo? —pregunto.

Abel me pasa la bolsa donde estaban las cervezas. En el fondo hay medio buñuelo aplastado. Lo desmigajo y empiezo a tirar pequeñas porciones al agua. Llegan más peces de todas partes que saltan salpicando gotas por todas partes. Abel se sienta y observa los peces, de casi medio metro, que aparecen de la nada. De repente, una mancha negra se aproxima por debajo del agua, espantando a todos los peces. El agua queda plana y en silencio. La mancha se queda inmóvil justo debajo de mis pies. De mi boca sale un grito agudo y desgarrador. Me aparto rápidamente de la orilla, nerviosa.

Abel me mira, extrañado, y se levanta.

—Tranquila, solo es un pez —dice, desganado.

—Un pez enorme y siniestro… —me defiendo.

—Creía que sabías kárate —dice limpiándose una falsa mancha de los labios.

Intenta disimular su sonrisa inútilmente. Le doy un golpe en el brazo derecho con el puño cerrado.

—Está bien, está bien. Sí que sabes… pero yo sé judo. ¿Quieres comprobarlo?

Abel se acerca a mí con el caminar sigiloso y ágil de un guepardo. Lleva una sonrisa zafia en los labios. Grito y empiezo a correr en dirección contraria.

—¡No corras! Con esos tacones y la borrachera acabarás en el mar, abrazada a la manta negra —se burla Abel.

Su comentario me detiene justo al borde contrario del embarcadero. Si no me controlo, acabaré en el mar oliendo a sardina. Abel me coge por la cintura.

—Así que quieres jugar, ¿eh? Te voy a dar lo tuyo, siniestrilla sexy.

—¡Eh! Marchaos con la borrachera a otra parte. Esta noche no hay guardacostas, y yo no sé nadar —dice un segurata con la porra en la mano.

—Por supuesto, agente —se burla Abel. Hace una reverencia y me coge de la mano, obligándome a caminar.

—Quiero bailar —digo con voz de niña malcriada.

—Los deseos de mi princesa son órdenes.

A pocos pasos hay un garito con la música a tope. Está muy lleno, pero no hay cola. Se oye una música de reguetón muy pegadiza. Miro a Abel con destellos de ilusión en los ojos.

—¿Quieres bailar esa mierda? Pensaba que los góticos tenían mejor gusto.

—Ya, pero resulta… que yo no soy gótica —digo, mordiéndome el labio mientras contoneo mi canalillo.

Abel se queda hipnotizado mirando mi escote.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

—Vale.

Abel paga mi entrada y la suya con el fajo de billetes que lleva en la cartera. Me arrastra de la mano hacia la barra mientras mi cuerpo no se resiste y se contonea por el camino. La música me ha despertado. El camarero no tarda nada en atenderle. Abel me pasa un vaso de tubo que huele a ron. En la otra mano lleva su vaso. Me arrastra hasta la pista, esquivando murallas de gente muy animada. Se planta en medio de la pista con un cubata en una mano y un cigarrillo en la otra. No se mueve, pero yo estoy desatada.

La música lleva mi cuerpo como por arte de magia. Por la voz del cantante sale una sarta de guarradas que hacen que me mueva como una estríper profesional, a excepción de que yo llevo ropa encima. Un chico moreno se me acerca e intenta bailar conmigo. La música hace una pausa y se oye la voz amenazante de Abel que grita:

—¡Lárgate o te parto la cara!

Abel ya se está acercando al chico, pero este se escabulle aterrorizado entre la multitud. Abel empieza a bailar conmigo. A pesar de que no le gusta la música, se mueve como un experto. Cada segundo que pasa está más sexy.

Bailamos unas cinco canciones hasta que el calor y la borrachera me dicen basta. Abel me acompaña al baño y se encierra conmigo. Cuelga su chaqueta en un pequeño clavo que sobresale de la pared. Llevo mis brazos a su nuca y le beso con desesperación. Abel me sube la falda y lleva sus manos a mi culo: lo acaricia, lo aprieta y lo vuelve a acariciar. Lleva sus manos a la parte delantera de mi corsé y desabrocha todos los botones de clic en un abrir y cerrar de ojos. Me quedo en sujetador. Abel me besa el cuello mientras vuelve a llevar sus manos a mi culo. Mi respiración se vuelve entrecortada. Le quito la camisa y me besa en los labios. Noto su lengua por todas partes.

Abel se desabrocha la bragueta. Espero contra la pared sin saber qué hacer. Él percibe que me estoy echando atrás y me besa suavemente los labios mientras una de sus manos recorre mi cintura. La otra levanta mi falda y desliza mis bragas muy despacio. Dejo de besarle y le paro la mano cuando ya me ha bajado las bragas.

—Llevo condones —susurra, suplicante.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

Me subo las bragas negras de encaje y agarro su camiseta blanca, empujando su cabeza hacia mí. Cuando su oreja llega a la altura de mi boca, lo confieso:

—Nunca he estado con nadie.

Abel se queda un rato callado, mirando al suelo.

—¿Qué? —dice al fin.

Noto cómo toda mi sangre sube a mis mejillas y me apoyo contra la pared, mirando al suelo.

—Soy virgen.

Abel se rasca la frente y se pasa la mano por el pelo muchas veces. Pone una mano en la cadera y me mira, indeciso.

—Vale, es hora de irse.

Abel empieza a vestirse y yo hago lo mismo. Noto mi pelo alborotado y el maquillaje corrido. Me siento como una cualquiera. Me coge de la mano y salimos de la discoteca. Volvemos a la Rambla. Abel me lleva fuerte de la mano, como si fuera una niña pequeña. No me ha mirado desde que salimos del bareto.

—¿Estás enfadado?

—¿Qué? No.

—¿Entonces por qué no me miras?

—No estoy enfadado, ¿vale?

—No quiero caminar más, estoy cansada.

Abel para un taxi que baja por la Rambla. Por un momento pienso que me va a meter en él, le dará un fajo de billetes al taxista y no volveré a verle. Abre la puerta, me mete dentro y, cuando ya lo he dado todo por perdido, él también entra.

—Dile al taxista tu dirección, así sabré dónde vives y no podrás huir de mí.

Sus palabras me tranquilizan. Quiere volver a verme.

—Creí que ibas a desahuciarme por virgen y calienta braguetas.

—Pues no te creas, he estado a punto de hacerlo por lo segundo. Me va a explotar el miembro —bromea.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, Abel baja del taxi.

—No te he invitado a entrar —le advierto.

—Solo voy a despedirme de ti debidamente.

Inclina su cabeza hacia mí antes de que pueda decir nada.

Cuando sus labios están pegados a los míos, olvido lo que iba a decir y me sumerjo en nuestra conexión. El beso se vuelve eterno. Sus dos manos están en la parte baja de mi espalda y las mías retuercen su camiseta a la altura de su cuello. La intensidad de su cuerpo empuja la parte superior del mío hacia atrás, obligándome a arquear la espalda.

El taxista toca el claxon dos veces.

—¡Oiga! ¡No tengo todo el día! —grita.

Abel le lanza una mirada asesina que lo hace callar al instante. Parece que vayan a salir rayos destructores de sus ojos. Cuando su mirada vuelve a mí, se vuelve tierna y suplicante.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta.

—Pensaba que no ibas a preguntármelo nunca… Me llamo Glória.

Sonríe.

—¿Cuándo volveré a verte, Glória?

Miro hacia los lados, intentando buscar una respuesta.

Abel baja la mirada, luego vuelve a mis ojos.

—No me obligues a merodear por tu casa como un vulgar voyeur.

Hay una pausa. No se me ocurre nada. Abel toma la iniciativa:

—El martes por la tarde hay una especie de... fiesta. ¿Te paso a buscar a las siete?

—Vale —es todo lo que se me ocurre.

Entro en casa exultante. Tenía miedo de que Abel me rechazara por monja y por virgen, pero al parecer, eso ha llamado aún más su atención. El cansancio que tenía se ha evaporado y necesito

hablar con alguien. Naila está en el sofá, con las piernas entrelazadas con las de Adrián. Al parecer se han reconciliado. Miro el reloj: son las cuatro de la madrugada. No puedo forzar mis labios para borrar la sonrisa de mi cara.

—¿Dónde demonios estabas? Estaba preocupada, ¿sabes? ¿Qué significa esa sonrisa desmesurada que llevas en la cara?

Naila me bombardea a preguntas. Empiezo a girar sobre mi cuerpo como una bailarina de ballet con los brazos sobre mi cabeza.

—¿Al fin te has liado con Dairon? —pregunta esperanzada.

—¡A la mierda ya con el puto Dairon! —contesto enrabietada.

Naila abre los ojos exageradamente y mira a Adrián, incrédula.

—Ha pasado algo maravilloso —continúo. Naila lleva sus ojos hacia atrás, dejándolos en blanco.

—A ver, ¿de quién te has enamorado?

Doy un par de vueltas más y me paro en seco.

—Del hombre de mis sueños.

Me caigo al suelo y el comedor me da vueltas a una velocidad vertiginosa. Nunca he sido tan feliz.

—¿Hombre? Creí que si no funcionaba con Da… creí que eras lesbiana...

Empiezo a reír a carcajadas.

—Abel no tiene nada de afeminado. Es completamente y cien por cien viril.

Los ojos de Naila y Adrián se abren de par en par.

—¿Has dicho Abel? Glória, lamento romper el encanto del momento, pero no te lo aconsejo. Es un solitario rompe-corazones.

Naila me mira intensamente. Me quedo pensativa unos momentos.

—Seguro que no ha encontrado a la persona adecuada.

Me estiro en el suelo del comedor, recordando nuestra despedida en la puerta.

—Sí, eso dijeron Miriam, Noelia, Jessi, Carmen, Liliana... y la lista de nombres es interminable. ¿Quieres que siga?

Me llevo la mano a la cabeza.

—Sí. Necesito saberlo todo de él —suspiro.

—Glória, te echará un polvo y, si te he visto, no me acuerdo. Aunque pensándolo bien, quizás no sea tan mala idea.

6 Capítulo 7 : La paella

Es lunes, son las 16:00. Mientras entro por la puerta de casa después de volver del trabajo, caigo en la cuenta de que Abel me conoció llevando un atuendo totalmente gótico. La fiesta a la que me invitó es el martes, es decir, mañana. Ya estoy harta de gorronearle ropa a Naila, así que me planteo encontrar algo en mi armario que no sea demasiado gótico ni demasiado "mundano".

Ni siquiera sé si puedo clasificarme dentro de un movimiento específico de vestuario. Naila me llama "goti-hippie" por mi forma de ser y mi ropa colorida. Es imposible que exista alguien en el mundo mitad hippie, mitad gótica; es un sinsentido descomunal. Abel no es gótico, o al menos no me lo ha parecido. Me planteo presentarme a la cita con un vestido de colores… pero no puedo arriesgarme a que salga corriendo despavorido, ahuyentado por un vestido de monja con flores amarillas.

Al fin y al cabo, me ha invitado a una fiesta con sus amigos siniestros. No quiero que se avergüence de aparecer con una chica que no encaja. Le pregunto su opinión a Naila.

—Si le gustas, le tienes que gustar por cómo eres, no por lo que llevas puesto.

—¿Por eso me disfrazas cada vez que voy con tus amigos?

—Sí —dice, sabiendo que su respuesta no tiene ningún sentido.

Opto por una camiseta de tirantes ajustada, negra, con botones, y unos tejanos. Me hago con unos tacones negros de infarto, con los que paso ensayando mis andares por toda la casa.

Me dispongo a hacer una paella mixta de pollo con almejas. No es que tenga habilidades culinarias notorias, pero necesito mantener la mente ocupada, y hoy no he comido. Llevo una

camiseta rosa con los botones del escote desabrochados; no llevo sujetador. Me he puesto unos pantalones cortos, finos, blancos con corazones rojos.

Oigo el timbre.

—Debe de ser Adrián, voy a abrir —me informa Naila entre gritos.

Salgo de la cocina para ponerme algo más tapado.

—Glória, mira a quién me he encontrado en la puerta.

Veo a Naila dejando las llaves encima de la mesa y a Abel a su lado. Se me cae la cuchara de madera al suelo y Abel la recoge.

—Me voy a mi cuarto, me duele la cabeza —dice Naila mientras se aleja—. ¡Y guárdame dos platos de lo que sea que estés cocinando!

Oigo el sonido de la puerta de su cuarto cerrándose.

—Creía que no merodearías por mi casa si aceptaba ir contigo a la fiesta... —digo con una voz apenas perceptible.

Entro en la cocina y abro el grifo para lavar la cuchara. Noto sus manos en mi espalda.

—Te mentí, perdona.

La cuchara vuelve a caerse al suelo.

—Será mejor que te sientes mientras yo acabo de hacer la comida —dice mientras la recoge.

Me siento en la mesa de la cocina. No sé dónde poner las manos. Me aparto el pelo de la cara innumerables veces hasta que me centro en él. Se le ve tranquilo y sereno, seguro de lo que está haciendo. Me levanto para dirigirme a mi cuarto y ponerme algo más decente, pero me coge por el brazo.

—¿A dónde vas?

Miro al suelo.

—Eemmm…

Me levanta del suelo y me sienta encima de la mesa otra vez.

—Me gusta tu pijama —me susurra al oído.

Mi corazón va a mil y tengo miedo de que lo note estando tan cerca. Llevo mi mano a su pecho para ver si es tan firme y sereno como parece. No lo es: su corazón está más acelerado que el mío. Eso me alivia un poco y me da fuerzas para llevar su mano hasta el mío.

Llaman a la puerta y Abel va a abrir. Es Adrián. Se saludan, y Adrián se va al cuarto de Naila. Aprovecho para ir a cambiarme mientras Abel se ocupa de la comida. Me pongo la camisa negra y los tejanos que tenía pensados para la fiesta, pero me quito los tacones.

Cuando vuelvo a la cocina, Abel me da a probar una almeja. La como de su mano. No me doy cuenta de que estoy hambrienta hasta que me la trago. Él coge la cáscara y la mueve como si fuera un muñeco que habla, abriendo y cerrando las conchas.

—¡No me comas! —dice con voz de pitufo.

Sonrío y, por fin, la tensión desaparece. Los dos estamos relajados, añadiendo ingredientes a la paella y preparando la mesa. Cuando la comida ya está lista, llamo a Naila, que aparece al instante, corriendo con una esposa enganchada a la muñeca. Adrián sale del cuarto y empezamos a reír todos al ver la esposa colgando de Naila. Ella se sonroja y la lanza encima del sofá.

—Qué bien huele —dice, intentando cambiar de tema.

Ya estamos todos sentados a la mesa. Solo son las seis de la tarde, pero, por alguna razón inexplicable, estamos todos hambrientos. Cenamos hablando de películas que hemos ido a ver al cine y de libros que hemos leído. La velada transcurre agradable.

Después de comer, nos ponemos una película de Johnny Depp titulada *Sleepy Hollow*. Aunque es antigua, ninguno de nosotros la ha visto. No consigo seguir el argumento porque Abel me está acariciando la palma de la mano, haciéndome cosquillas.

Cuando acaba la película, suena un teléfono móvil. Abel contesta buscando privacidad en el pasillo. Cuando vuelve, dice que se tiene que ir y me da un beso apresurado en la mejilla.

—Mañana vengo a buscarte.

Se va rápidamente. Me quedo pensativa, mirando a Naila.

—¿No lo sabes? Es camello —me informa.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

La miro con cara de confusión.

—¿Qué?

Miro a Adrián.

—Traficante de drogas.

7 Capítulo 8: Lectura de manos

Son las 19:30. Abel se ha marchado hace diez minutos. Naila y Adrián han salido a tomar algo. Yo no paro de pensar en la relación que pueden tener David y Abel. Se me enciende una luz imaginaria en la mente y salgo corriendo de casa. Me dirijo a la calle Sant Antoni Maria Claret, donde un día vi una tienda especializada en artículos de magia.

Entro en la tienda y empiezo a mirar los artilugios que tienen a la venta. Hay figuras de personajes santificados, colgantes, potingues y todo tipo de velas de colores. Me paro delante de cada objeto sin saber muy bien lo que busco. Al fondo de la tienda, hay un hombre muy moreno con un turbante en la cabeza. Es bajito y regordete, de unos cuarenta años. Le está leyendo la mano a una mujer.

La dependienta se me acerca. Lleva un montón de colgantes raros enredados en su pelo largo y rizado, bastante quemado.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me pregunta, juntando las manos a la altura del pecho.

—Esto… ¿Cuánto vale la lectura de manos? —improviso.

—Treinta euros, cariño. Pero ahora no puede ser, puedo darte hora para mañana por la tarde.

La mujer a la que estaban leyendo la mano pasa por mi lado y sale por la puerta.

—Anaís, ya he terminado con la señora, haz pasar a la chica.

Todavía no he decidido si quiero gastarme ese dinero en que un extraño sin título de artes ocultas me lea la mano, pero ya estoy avanzando hacia la mesa donde se encuentra el hombre. Ya me he sentado.

—Dime, cariño, ¿qué te preocupa?

Miro hacia ambos lados sin conseguir decidirme.

—Los sueños.

—Los sueños pueden decirnos muchas cosas… o nada en absoluto. Hay muchas formas de interpretarlos. Dame tu mano.

Empiezo a extender mi mano cuando él me la coge entre las suyas de repente. Le da la vuelta lentamente.

—No son los sueños precisamente lo que debe preocuparte, querida. Son dos hombres.

Empieza a seguir con su dedo índice las líneas de mi mano.

—Uno está vivo. El otro... ¿estás entre dos hombres, querida?

Contemplo la posibilidad de que se refiera al Abel real y al David de mis sueños. Yo creía que eran uno solo. Empiezo a pensar que este hombre realmente tiene poderes. Aparto mis manos de las suyas.

—Debes escoger a uno.

Le miro incrédula.

—Usted ha dicho que uno estaba vivo… ¿y el otro?

«¿Cómo voy a escoger a alguien que no está vivo?», pienso para mí misma.

—A veces las decisiones más acertadas no son las que deseamos.

Cuando llego a casa, me encierro en mi cuarto y saco todas las libretas donde he escrito, durante toda mi vida, mis sueños con David, Abel… lo que sea. Leo y leo sin encontrar nada que me ayude. Tras una hora, encuentro mi primera libreta, donde escribí mis primeros sueños con él. No recuerdo ni la mitad de los sueños que tengo allí escritos. La palabra "David" está por todas partes. Me paso dos horas leyendo, intentando encontrar una respuesta.

Cuando levanto la vista, estoy rodeada de cuadernos. No debí ir a la tienda. Me estoy volviendo loca. Quizás mis sueños eran la premonición de que iba a conocer a Abel y, por alguna razón, le adjudique el nombre de David.

Lo único claro es que soñar siempre con una persona y que, de repente, un día aparezca de la nada, es irracional.

Me duermo a las tantas de la madrugada, rodeada de cuadernos.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

8 Capítulo 9 – El cementerio

Sueños de Glòria

Aparezco a la orilla de un río sin apenas caudal. Llevo una camiseta rosa, los pantalones de corazones y los tacones. Mis alrededores son tenebrosos; oigo sonidos de animales salvajes a lo lejos. El río no parece profundo, pero es muy ancho y el agua está turbia. A lo lejos distingo una canoa que avanza a buen ritmo y se detiene justo frente a mis pies. Me parece que han pasado siglos desde la última vez que soñé con David. Lleva unos pantalones tejanos y no lleva camisa. Me quito los tacones y los dejo en la orilla. Él me ofrece su mano y subo a la canoa.

Es la primera vez que sueño con David desde que conocí a Abel oficialmente en la discoteca. Solo han pasado dos días.

—Ya no te necesito, te tengo en la realidad —bromeo.

Él se pone serio y se tensa.

—¿De qué estás hablando?

Me siento en uno de los bordes de la canoa.

—Abel... no entiendo nada. ¿No crees que ya va siendo hora de que me des una pista? ¿Quién eres?

David mira al horizonte con la vista perdida.

—Me llamo David. Creía que al menos tenías mi nombre claro —dice sin mirarme a la cara.

Me acerco a él para verle, pero está ausente, como ofendido. Le abrazo por detrás, pero cuando me doy cuenta ha desaparecido.

—¿David? —le llamo.

Estoy sola en la canoa. A lo lejos diviso un precipicio. La orilla del río está llena de árboles gigantes y oscuros que me obligan a mirar hacia la cascada. Si no salgo de ahí, me precipitaré al vacío. Nunca había sentido miedo soñando con David. La canoa está a punto de caer. Veo una altura inmensa; no se divisa el suelo. Caigo al vacío y dejo de notar la gravedad mientras grito aterrorizada.

Despierto antes de chocar contra el suelo. Me he caído de la cama y estoy sudando con una sábana enredada entre las piernas. El corazón me va a mil. Me levanto y voy a la cocina a por agua. Dejo el vaso encima de la mesa y busco algo para comer en la nevera. Oigo el vaso caer al suelo.

—¿David? —pregunto sin respuesta.
Me meto en la cama con prisa por dormirme. David me está asustando, y ya solo me faltaba eso para añadir a mi conjunto de vida paranormal.

Sueños de Glòria

Estoy en un centro comercial cerrado. Las luces están encendidas y las escaleras mecánicas funcionan. Empiezo a buscar a David por todas partes; le llamo a gritos, pero no obtengo respuesta. Al fin distingo su silueta entre las sombras. Corro hacia él y le empujo, sacándolo de la penumbra.
—¿Qué haces? ¿Estás loco?
No contesta. Empiezo a pegarle. David está inmóvil y no dice nada.
—¡No vivo esperando la noche para que me tires a un precipicio y me lances al vacío!
—Según parece, ya no vives esperando la noche —dice al fin.
Mis ojos están llenos de lágrimas. Ya me he cansado de pegarle y los brazos me flaquean. Finalmente me inmoviliza las manos y me besa contra la pared. Me suelta las manos y las llevo a su cabeza. Me encanta despeinarle mientras le beso; sus besos son tiernos y lentos.
—No me dejes, Glòria. Te necesito —murmura a mi oído.

Despierto a los pocos minutos, llegando al clímax. Son las nueve de la mañana. Hoy es martes, así que mi cita con Abel es esta tarde.

Llego al trabajo diez minutos tarde. Entro corriendo por la gran puerta de cristal automática, voy sudada y preocupada por si la encargada me llama la atención. Pero Raquel me sonríe desde detrás del mostrador.
—Tranquila, Ana aún no ha llegado.
—¿De verdad?
Raquel saca medio bocadillo envuelto en papel de plata de debajo del mostrador y le da un bocado descomunal.
—¿Haría esto si ella estuviera aquí? —dice con la boca llena.
Levanto el pulgar indicando "ok" mientras me dirijo al almacén para dejar mi bolso y ponerme la camiseta rosa fosforito que nos sirve de uniforme. En el almacén veo a Beli estirada sobre un montón de cajas, con los ojos medio abiertos.
—Ojalá alguien atropelle a Ana hoy, así podría dormir toda la mañana —dice mientras se pasa

la mano por un pelo grasiento, brillante y pegajoso.

—¿Sigues sin ducharte?

—A lo mejor luego voy a la playa —dice desganada.

Suena el teléfono del mostrador y las dos nos asomamos desde la puerta del almacén.

—¡Ana no viene hoy! —grita Raquel tras colgar, cerciorándose de que nadie la oye al otro lado de la línea.

Las tres alzamos los puños al aire a la vez, emitiendo un grito de furor ahogado.

—Gracias al cielo, la han atropellado —dice Beli tumbándose de nuevo en las cajas.

—¿A quién le toca ir a por el desayuno? —pregunto en general.

—A ti —me señala Raquel.

—¿Qué compro?

—Yo quiero algo con mucho chocolate. Después del bocata de tortilla que me he zampado, me apetece algo dulce. Y zumo, de lo que sea, coge el más barato.

Miro a Beli esperando su petición, pero tiene los ojos cerrados. Raquel saca de su bolso un bote de colonia y le echa un poco a Beli en el pelo.

—Guarra —dice Raquel.

—Yo quiero una bolsa de patatas con sabor a queso.

Reunimos calderilla. Beli se saca 60 céntimos del bolsillo trasero, rodeados de un amasijo de tabaco y chicle.

—No, gracias, hoy te invito —le digo.

Me quito la camiseta rosa y salgo de la tienda. A 50 metros está el supermercado más barato en el que he comprado nunca.

Voy a la sección de bollería y encuentro un bizcocho cuadrado muy pesado, recubierto de chocolate. Pesa mucho para su tamaño y cuesta 99 céntimos. Al llegar a la sección de patatas fritas, distingo a una chica con vestuario gótico. Cuando me fijo bien, me parece que es Estela, la hermana de Dairon.

—Hola —digo con voz de sorpresa un poco fingida.

Estela me mira de arriba abajo con cara de confusión.

—Soy Glòria, ¿te acuerdas? "Las estrellas son la energía de la gente que se muere"…

—¡Ah! Vaya, no te reconocía. Vas vestida de humana.

—Sí, es que trabajo aquí al lado. Ya sabes, hay que parecer insípido y corriente para ganarse la vida —invento.
—Y que lo digas. Menos mal que yo trabajo en una tienda de discos del Raval. Allí son más liberales, ¿sabes? Por cierto, tienes el don de dejar a mi hermano hecho polvo una y otra vez. Estaba ilusionado contigo, ¿sabes?

Estela no para de hablar, utilizando demasiadas veces la palabra "¿sabes?". Empiezo a creer que me tiene cierto resentimiento.
—Por más que le doy vueltas a la cabeza no logro entender por qué las chicas no somos capaces de mantener relaciones con chicos atentos, agradables, caballerosos, ¿sabes? En fin, dicen que ahora sales con Abel. Recuerda que mi hermano no es un paño de lágrimas de segunda para cuando Abel se canse de ti y te tire a la basura como si fueras el melocotón podrido y apestoso de su frutero.

No puedo creer la sarta de sandeces que estoy oyendo. Me queda claro que está ofendida porque, por algún motivo, Dairon se hizo ilusiones conmigo y ahora parece decaído o algo parecido. Pongo cara de asco.
—Adiós, Estela.
Noto sus ojos en mi nuca mientras me alejo para esconderme de ella. Al conocer a Abel, noté que era un poco mujeriego, pero después de la advertencia de Naila y ahora esto… empiezo a preocuparme.

Entro de nuevo al trabajo con una bolsa de la compra en cada mano. Me he gastado 4 euros y llevo comida como para alimentar a un equipo de fútbol. Raquel sale corriendo del almacén y me quita una de las bolsas. Han tirado una toalla de las que están a la venta en el suelo, a modo de mantel. Beli sigue con los ojos medio abiertos, pero al ver el bizcocho de chocolate se incorpora más erguida, abre el envoltorio con las manos y arranca un trozo con los dedos, esparciendo virutas de chocolate por la toalla. Muerde el pedazo de pastel y gime de placer.
—Guarra —dice Raquel, imitando a Beli.

Agarro dos trozos de pan de molde y les unto una porción desmedida de mermelada de fresa con el dedo. Beli hace lo mismo, untando la mermelada en el bizcocho.
—Que rulen los zumos —dice Raquel, chupándose los dedos llenos de chocolate.
—Ojalá Ana no viniera nunca —dice mirando cómo Beli devora las patatas con sabor a queso.

—Entonces nos pondríamos como vacas burras —respondo masticando mi pan con mermelada.

Beli ríe esparciendo trozos de patatas masticadas por todas partes.

—¡Guarra!

—Mierda, hay un cliente —digo levantándome mientras me limpio los dedos con las manos, manchándome más.

—Mándale a la mierda —dice Beli, asqueada.

Salgo del almacén y me acerco al chico. Es atlético y se nota que hace deporte. Me ofrezco a ayudarle, pero declina mi oferta. Aliviada, vuelvo al almacén.

—Parece que está bueno —dice Raquel husmeando detrás de la puerta—. ¿Por qué no te has pegado a él como una lapa? ¿No te gusta?

—La verdad, tengo el ojo puesto en alguien…

—Cuenta, cuenta… —dice Beli soltando la bolsa de patatas—. Voy a reventar.

—Pues… —titubeo—. Es el tío más bueno que he visto nunca. Es alto, moreno, fuerte… tiene los ojos más azules que el mismo fondo del mar en un día soleado. No sabéis cómo le brillan. Tiene los labios más perfectos que una escultura pornográfica de Miguel Ángel, y es un macarra… qué postura, qué andares, qué descaro, qué manos…

No me doy cuenta de que estoy pensando en voz alta. Miro a Raquel y a Beli, y las encuentro embobadas, con la boca medio abierta y la mente en otra parte.

—¿Hola?

—Cómo me ponen los macarras… Qué falta estoy de hombre —dice Beli mordiéndose el labio.

—Pues sí que te ha dado fuerte, Glória. Es la primera vez que hablas así de un hombre en el año que te conozco… ¿Y él sabe que existes?

—Casi me lo monto con él en el baño de un bareto guarro —sonrío al recordarlo.

—¿Por qué casi?

—Tía... Raquel, tampoco es plan de tirarse a los tíos en el baño nada más conocerlos. Porque… ¿lo acababas de conocer?

—Bueno… más o menos. Hemos quedado esta tarde. No sé qué ponerme. Sus amigos son un poco raros, visten de negro y eso, pero tampoco quiero ir disfrazada.
—Ayer trajeron cinco cajas de ropa de la nueva temporada. Vamos a abrirlas —dice Beli.
—Primero vamos a atender a la gente que hay en la tienda. Cuando nos hayamos deshecho de ellos, las abrimos —propone Raquel.

Hay cinco personas en la tienda y cada una de nosotras atiende a una. Hoy parece que la gente está indecisa: llevamos ya quince minutos con cada cliente, y aún hay dos más esperando. Mientras le doy a mi clienta un zapato de tacón rosa para que lo pruebe, la puerta se abre y Ana, la encargada, entra. Las tres la miramos de reojo mientras seguimos con nuestros clientes. Ana remueve papeles en el mostrador buscando algo. Los otros dos clientes que esperaban se cansan y deciden comprar por su cuenta. Hacen cola en el mostrador y Ana les cobra.

La chica a la que atiendo se mira en el espejo desde todos los ángulos.
—¿Me los puedo llevar puestos?
—Sí, déjemelos un momento para quitarles la alarma.
—Claro.

Voy al mostrador para quitar la alarma a los zapatos.
—Glória, ¿cómo va la mañana?
—Bien. Al fin he vendido los zapatos rosas de tacón que llevan ahí un año.
—¡Al fin! Estoy harta de verlos. He venido a buscar un papel, voy al banco y después me iré a casa. Si necesitáis algo, llamadme al móvil. ¿Cómo vais de cambio?
—Bien. Hoy la gente paga con calderilla, debe de ser que estamos a fin de mes.
—Genial, porque me duele la cabeza y quiero irme a casa. Los del McDonald's ya me miran mal de tantas veces que voy a pedirles cambio. Os he dejado escrito en un papel las tareas que tenéis que hacer cada una. ¿Cuántas cajas nuevas hay en el almacén? Voy a ver.

Pienso en la pocilga de comida que hemos dejado en el almacén y me entra el pánico.
—Hay cinco. He estado ordenando el almacén —miento.
—Vale. Si os da tiempo, ponedles etiqueta y alarma.
—Vale.
—Me voy. Veo que Raquel y Beli están ocupadas. Hasta mañana.
—Hasta mañana.

Autora: Penélope Hights NJA
Muestra de 70 páginas
Disponible en Amazon en el siguiente link :
https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0

FIN DE LA MUESTRA

Compra disponible en amazon https://www.amazon.es/Amor-Bidimensional-penélope-hights-ebook/dp/B00G2ODCI0